

COYUNTURAS, NARRATIVAS Y MITOLOGÍAS CONTEMPORÁNEAS

Columnas editoriales y discursos de 2021

Francisco Javier Avelar González



Selección, edición y notas de Adán Brand

COYUNTURAS,
NARRATIVAS
Y MITOLOGÍAS
CONTEMPORÁNEAS

Columnas editoriales
y discursos de 2021

COYUNTURAS, NARRATIVAS Y MITOLOGÍAS CONTEMPORÁNEAS

Columnas editoriales
y discursos de 2021

Francisco Javier Avelar González

Prólogo de Felipe Martínez Rizo

Selección, edición y notas de Adán Brand



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

COYUNTURAS, NARRATIVAS
Y MITOLOGÍAS CONTEMPORÁNEAS
Columnas editoriales y discursos de 2021

Primera edición 2022 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20131
editorial.uaa.mx

© Francisco Javier Avelar González

© Adán Josué Brand Galindo

© Felipe Martínez Rizo (PROLOGUISTA)

ISBN 978-607-8834-46-4

Imagen de portada: Atenea pensativa. Estela sobre mármol (ca. 450 a.C.),
Museo Nacional de la Acrópolis, Atenas.

Hecho en México / *Made in Mexico*

ÍNDICE

Presentación	9
Prólogo	13
Posturas e identidades discursivas	23
Puentes, muros o trincheras... ¿Cómo conceptualizamos las discusiones?	25
La libertad de expresión en tiempos de censura	29
Un apunte sobre la tolerancia y el respeto	33
Identidad y violencia: un apunte en el marco del Día Mundial de la Diversidad Cultural para el Diálogo y el Desarrollo	37
Día Internacional de la Fraternidad: una nueva y necesaria efeméride	41
Mitos y mitologías contemporáneas	51
Derechos y deberes: una reflexión sobre responsabilidad y autocritica	53
Mitologías	59
A propósito de la construcción y análisis de los mitos contemporáneos	65
Sectarismos	79
Apuntes sobre el desconocimiento generalizado de las ciencias en un mundo dependiente de las ciencias	85
¿Están fracasando los sistemas educativos de Occidente?	93
Ciencia para la paz y el desarrollo	99

Justicia social y otras materias pendientes	103
Cambio climático y negacionismo	105
Tragedia e ironía	111
Desplazados y refugiados: la terrible cotidianidad de casi cien millones de personas	115
Un apunte sobre la inclusión	119
Justicia Social	123
El asedio a la salud	127
Construir un mundo más justo y saludable	129
¿Qué nos enseña hoy el mito de Hércules y la Hidra de Lerna?	135
Depresión: la pandemia silenciosa de nuestra época	141
La tristeza contemporánea: apuntes sueltos con respecto a la felicidad en nuestros días	145

PRESENTACIÓN

 El volumen que tienes en tus manos es el quinto y penúltimo libro de una serie que, en conjunto, recoge una significativa selección de reflexiones emergidas desde la Rectoría de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, en el periodo comprendido entre 2017 y 2022.

Desde principios de 2018 –año en que nos propusimos echar a andar este proyecto– establecimos como uno de nuestros objetivos principales compilar los discursos y mensajes pronunciados o publicados por el Dr. Francisco Javier Avelar González, rector de la UAA en el periodo rectoral arriba mencionado; lo anterior a fin de evitar que la labor magisterial y de comunicación entre la universidad y la sociedad se viera limitada, difuminada o soterrada por las dinámicas de velocidad, inmediatez y sobresaturación informativa que predomina en las redes, plataformas y medios comunicativos y noticiosos habituales.

Al encomendárseme esta tarea, establecí tres criterios editoriales específicos para hacer tanto la compilación como la distribución de los textos al interior de cada tomo. A saber: tomar en cuenta solo los discursos que pasaron en primera instancia el filtro de la oralidad y que fueron publicados

como artículos o editoriales en el espacio que cada viernes *El Hidrocálido* amablemente le ofrece al titular en turno de nuestra casa de estudios; de los textos anteriores, rescatar solo aquellos que tuvieran potencial para envejecer como los buenos vinos: en este caso, que su vigencia fuera amplia, de tal forma que estuviera justificada su inclusión en un dispositivo impreso que tiene como característica principal la permanencia a largo plazo; de los textos que pasaran los dos filtros anteriores, seleccionar aquellos que pudieran “maridar” o dialogar adecuadamente entre sí de tal manera que, al formar parte del conjunto, lograran funcionar como piezas de una unidad macrotextual coherente y bien tejida.

Como en los tomos anteriores, las temáticas y el tratamiento de los textos rescatados me llevó a reunirlos en cuatro secciones distintas. Estas son: 1. Posturas e identidades discursivas; 2. Mitos y mitologías contemporáneas; 3. Justicia social y otras materias pendientes; 4. El asedio a la salud. De estos bloques, los primeros tres logran un diálogo tal entre sí, que por momentos llegué a considerar la eliminación de las divisiones y dejar correr un texto detrás del otro en el orden que me pareció que funcionaba mejor. Pero hacer eso me hubiera obligado a sacrificar la última sección y, dado que en nuestra época las reflexiones sobre la salud en general, la salud social y la salud mental resultan fundamentales, me decanté por la estructura de cuatro grandes divisiones que he mencionado (y que, además, se apega al esquema que utilicé en cada uno de los tomos predecesores).

Como ya es costumbre en esta colección, decidimos contar con un invitado especial para la realización del prólogo. En esta ocasión, es la lectura siempre puntual y clara de nuestro querido colega Felipe Martínez Rizo la que nos hace los honores de –como él dice– “abrir el apetito de los lectores”. Justamente porque el maestro Martínez Rizo hace un breve

recorrido por las temáticas generales de los textos que integran cada sección, omito yo hacer aquí un ejercicio semejante.

Antes de dar paso a los textos que componen este libro, quiero cerrar esta breve presentación agradeciendo al Dr. Avelar González, por haberme dado la confianza para realizar esta encomienda; a la maestra Martha Esparza y a todo el equipo del Departamento Editorial de la UAA, por su trabajo siempre fiable y, por supuesto, a los lectores de este libro, por participar del precioso y necesario diálogo que se da a través de la lectura. Espero que los temas aquí tratados resulten de su interés y, sobre todo, que les planteen cuestionamientos y argumentos que les sean de utilidad o que constituyan puntos de partida para nuevos ejercicios de reflexión y de actuación en beneficio de la sociedad.

Adán Brand

PRÓLOGO

Felipe Martínez Rizo

Este volumen es el más reciente de una serie que llega ya a cinco, que recogen discursos del rector de la Benemérita Universidad Autónoma de Aguascalientes y columnas de su autoría publicadas en el periódico *El Hidrocálido*.

Los textos recopilados tienen en común ciertas ideas importantes que están en el corazón de la misión de una universidad.

Algunas de esas ideas pertenecen al ámbito del conocimiento del mundo o, si se quiere, de la verdad: el lugar de la investigación y la libre discusión de las ideas para su búsqueda, la posibilidad de distinguir los conocimientos sólidos de los carentes de sustento, el valor de la razón frente al sentimiento como criterio de verdad, etcétera.

Otras ideas corresponden al ámbito del deber ser social o, si se prefiere, del bien: la superioridad ética de la solidaridad versus el egoísmo; de la igualdad frente a la desigualdad, del respeto de los diferentes y la inclusión frente a la intolerancia y la discriminación, de la apertura a otras ideas sobre el sectarismo, o de la democracia sobre el autoritarismo.

Independientemente de que se coincida o no con los puntos de vista del doctor Avelar, ponerlos a la consideración de

la sociedad es congruente con el papel de quien encabeza una institución que se define como hogar de la búsqueda de la verdad y del bien. Y la rápida obsolescencia de lo que aparece en un diario hace también valioso que los textos de contenido más duradero se recojan en libros como el que el rector me ha invitado a prologar, lo que es una distinción que agradezco.

La obra tiene cuatro secciones, cada una con varios textos que en lo que sigue comentaré brevemente, buscando abrir el apetito de los lectores y animarlos a que emprendan la revisión de la obra.

Posturas e identidades discursivas

La sección abre con una reflexión sobre “la naturalidad con la que hemos absorbido e integrado a nuestras relaciones cotidianas la idea de guerrear o de vivir a través del confrontamiento”. Reconociendo el avance que es pasar de la confrontación física a la verbal, el doctor Avelar señala que “eso no significa que está bien usar nuestras palabras para lastimar: un mal, aunque sea menor, sigue siendo un mal; además, es relativamente fácil pasar de las palabras a los hechos”.

El texto “La libertad de expresión en tiempos de censura” se refiere con preocupación a posturas que proliferan incluso en prestigiadas universidades de Estados Unidos y del Reino Unido, por parte de partidarios radicales del feminismo o de los movimientos de defensa de las minorías étnicas. Una expresión de esos grupos intenta eliminar obras de arte y textos de otras épocas por considerar que se oponen a la igualdad racial o social; otra pretende censurar e incluso despedir a académicos respetables por discrepar de las posturas más radicales.

Advirtamos que las culturas que florecieron en el mundo clásico, incluyendo las más altas manifestaciones de filosofía, literatura, pintura y música, a la luz de los valores actuales

pueden ser vistas como racistas, clasistas, machistas e intolerantes en lo religioso. Así lo muestra un análisis de la Biblia y el Corán, la *Iliada* y la *Odisea*, Cervantes y Shakespeare, o la obra de Rubens y Velázquez. Al mismo tiempo, las grandes obras clásicas son la base de nuestra propia cultura, aunque algunos de los valores que encarnaban sean contrarios a los que desde la Ilustración han ido ganando terreno en nuestras sociedades. El reconocimiento de las limitaciones que prevalecieron en la antigüedad, que los avances sociales y políticos superan poco a poco, en especial desde la Ilustración, no debe llevar a desconocer los aspectos que siguen siendo válidos y son el fundamento de las culturas actuales.

El rector señala acertadamente que las posturas a las que se refiere son formas de intolerancia que se oponen a la idea de libertad de expresión, pilar de las sociedades democráticas y plurales y, desde luego, de la universidad. También son expresiones de una tendencia infantil y egocéntrica.

El texto “Un apunte sobre tolerancia y respeto” hace pensar que no sólo las posturas religiosas dogmáticas pueden ser fuente de intolerancia, sino también las ideas laicas que se asocian al supremacismo de cualquier tipo, que puede estar asociado con la pertenencia a un grupo étnico o nacional, a un partido político, o a cualquier otro pretexto que no tiene que ver con la creencia en alguna deidad.

El texto “Identidad y violencia” muestra que la tolerancia, el respeto y la inclusividad suponen la aceptación objetiva y humilde de que los rasgos que nos son propios y nuestros valores no son absolutos.

En 2019 tuvo lugar un encuentro entre dos líderes del catolicismo y del islamismo, el papa Francisco y el gran imán Ahmad Al-Tayeb, intercambiaron ideas sobre “la mezquindad, el individualismo y el materialismo exacerbado en el mundo, así como de las interpretaciones péfidas sobre el quehacer político, la religión y los parámetros para medir el valor de las

personas”, de lo que se deriva el aumento “tanto de crímenes de odio, como de actos extremistas y radicalizaciones ideológicas”.

Debido a ese encuentro, en 2021 la Asamblea General de la ONU proclamó el *Día internacional de la fraternidad*, que fue ocasión para la publicación de dos columnas: en una el doctor Avelar vuelve sobre la amenaza a la fraternidad que es el dogmatismo, con la intolerancia respecto a quien no comparte las ideas que cada uno defiende; en otra se refiere a la insensibilidad ante la brecha que separa a quienes caen en el hiperconsumo de cosas superfluas frente a los que carecen de lo indispensable, pues aunque en nuestro medio no haya crisis humanitarias como en zonas de África y otros lugares, la desigualdad social es muy grande, y atenta contra la fraternidad.

Mitos y mitologías contemporáneos

La segunda sección inicia con un texto sobre el desequilibrio entre los derechos que exigimos y las obligaciones que aceptamos, que pone en evidencia un considerable grado de irresponsabilidad social, reflejo de posturas inmaduras que no abonan a una mejor convivencia.

El texto siguiente señala que las ideas falsas, los mitos que sustentaban la visión del mundo en el pasado, como la creencia en que la Tierra es plana, o que está inmóvil en el centro del Universo y todos los astros giran a su alrededor, no son exclusivos de la antigüedad, pues ahora parece ocurrir lo mismo con mitologías nuevas, como la convicción de que el color de la piel o el género de las personas indicaría objetivamente su culpabilidad, contra el principio de presunción de inocencia que está en la base de nuestro sistema judicial.

Un texto más se refiere a ideas tan carentes de sustento como el terraplanismo, pero que hoy condicionan la vida de muchas personas, en detrimento de la sana convivencia,

e identifica tres de esos mitos contemporáneos, interconectados: que todo es relativo; que todas las opiniones valen lo mismo; y que las sensaciones subjetivas respecto a un hecho son más importantes que el hecho objetivo mismo.

La aceptación de esos mitos explica que, frente a “teorías e investigaciones que han logrado la creación de tecnologías sin parangón, encontrar curas y vacunas para diversas enfermedades, o calcular de qué tamaño es el daño ecológico causado al planeta, muchas personas acepten hipótesis conspiracionistas como la que afirma que Bill Gates orquestó la actual pandemia para establecer un nuevo orden mundial, que las vacunas insertan nanochips para controlarnos, o que las torres de las redes 5-G son las dispersoras del SARS-CoV-2”.

Lo anterior se sintetiza en el victimismo, “la usurpación del lugar de víctimas reales... para... sacar ventajas sociales e imponer una verdad individual o de grupo por sobre las del resto de las personas”, idea de Daniele Giglioli que el doctor Avelar retoma y con la que regresa al primer texto de la sección, pues definirse como víctima permite a quien lo hace ser irresponsable e infantil. Según Giglioli, los pilares del victimismo son “pugna por el primado del sufrimiento, hurto de un sufrimiento que no nos corresponde, y exigencia de impunidad e incensurabilidad”, pilares que, en conjunto, hacen posible “que la víctima autodefinida se vuelva inquisidor y violentador de todo argumento o dato que no le favorezca”.

En el texto siguiente, y a partir del caso del independentismo vasco, el rector analiza el sectarismo como paradigma de los extremos a los que pueden llegar “cualquier fanatismo e intransigencia en la defensa de una idea o una ideología, que se puede presentar en relación con temas de religión, género, política, lengua, proveniencia étnica”, e incluso “al interior de disciplinas académicas y artísticas”. Quien es parte de una secta se identifica con sus demás integrantes en un grado que lleva a desconfiar de todos aquellos que no son parte del gru-

po, y llegan a ver como traidor a quien se manifiesta “humano, comprensivo y solidario con los del bando contrario”, lo que impide “construir espacios de pluralidad e intercomprensión”.

Los tres últimos textos de la sección tienen en común referirse a otra faceta de la preocupación por la falta de racionalidad que parece cada vez más extendida.

Uno destaca la paradoja del “desconocimiento generalizado de las ciencias en un mundo dependiente de las ciencias”. A partir de ideas de Carl Sagan, el doctor Avelar advierte con preocupación que muchas personas no distinguen la distancia abismal que separa los resultados de investigaciones científicas rigurosas de peregrinas afirmaciones anticientíficas, acientíficas y pseudocientíficas, mezcla “peligrosa y paradójica de enormes avances científicos en un mundo científicamente analfabeta”.

El rector sostiene, en cambio, en forma que comparto plenamente, que “objetividad no significa dar el mismo tiempo y proyección a un negacionista del cambio climático que a un estudio que muestra con pruebas los estragos de la elevación de la temperatura en el planeta” y añade que, en un caso así, “objetividad... es cerrar la puerta al negacionista y no darle proyección, porque está divulgando afirmaciones y creencias que no tienen sustento y cuya promoción hace un enorme daño”.

Se discute la responsabilidad que tienen en este preocupante fenómeno los medios de comunicación, el sistema educativo y los científicos. En el texto siguiente, y ante la proliferación de seguidores de movimientos antivacunas en países avanzados y entre personas con estudios superiores, el autor amplía las ideas sobre la parte que corresponde a los sistemas educativos, que al parecer están fracasando.

Cierra la segunda sección una reflexión sobre la dual aportación de la ciencia, que produce “beneficios incontables”, pero también ha dado lugar a “aplicaciones perversas o, por lo menos, irresponsables”. Como sugiere el título de

este texto, el rector se pronuncia porque tanto los científicos como la sociedad en general se esfuercen por promover una “ciencia para la paz y el desarrollo”.

Justicia social y otras materias pendientes

La tercera sección comienza con un texto sobre el cambio climático, que incluye reflexiones sobre los mecanismos que llevan a muchas personas a negar que sea un problema real, de manera similar a la que se presenta en los movimientos antivacunas.

El segundo texto de la sección reflexiona sobre lo paradójico que resulta que la ONU establezca días para celebrar la Asistencia Humanitaria o conmemorar a Víctimas del Terrorismo y de Actos de Violencia Basados en la Religión o las Creencias, al tiempo que el mundo asiste impotente a la imposición del régimen más opuesto a los derechos humanos en Afganistán, tras el retiro de las tropas estadounidenses.

El texto siguiente intenta sensibilizar al lector sobre el problema de las migraciones y los refugiados, que afecta a millones de personas, pero cuya gravedad se pierde de vista ante una “exposición informativa infinitamente mayor en lo referente a los memes de moda, las prohibiciones de China al Bitcoin, los resultados de la Fórmula 1 o la Eurocopa y los chismes más recientes de las Kardashian”.

Otro problema que puede parecer menor, pero no lo es y, además, es muy cercano, se refiere a las dificultades que enfrentan cotidianamente las personas afectadas por alguna discapacidad, por la ausencia de facilidades que tengan en cuenta su condición, sobre lo que reflexiona el texto “Un apunte sobre la inclusión”.

En un nivel superior de generalidad, el texto que cierra esta parte nos invita a pensar sobre las desigualdades sociales que la pandemia ha agudizado, como muestra un informe de

la OXFAM que revela que “las mil mayores fortunas del mundo, que perdieron 30% de su capital en marzo de 2020, ya lo habían recuperado en su totalidad para diciembre del mismo año”, mientras que los más pobres tardarán una década en recuperarse, y “el número total de personas en situación de pobreza podría haber incrementado entre 200 y 500 millones en 2020”. La reducción de tales desigualdades exigiría acciones que, para ser efectivas deberían ser estructurales, incluyendo “un sistema tributario progresivo y un impuesto a la riqueza”, pero ninguna fuerza política se atreve a impulsarlas porque serían impopulares.

El asedio a la salud

La última sección de la obra incluye reflexiones suscitadas por la pandemia de Covid-19, que en 2021 siguió entre nosotros, aunque sin los rasgos de catástrofe inminente que tuvo en 2020. La producción de vacunas eficaces en un tiempo notablemente corto permitió poner en marcha campañas de vacunación que, pese a sus límites, alcanzan a una proporción de la población que ha sido suficiente para reducir el número de muertes y de casos graves, aunque persista un número de contagios considerable. Esta situación, que con variantes se repite en todo el mundo, en opinión de los científicos propicia que surjan mutaciones más o menos agresivas del virus SARS-CoV-2, como las designadas con las letras griegas omega y ómicron, lo que lleva al doctor Avelar a comparar la resiliencia del virus con la de la hidra de Lerna, a la que le crecían dos cabezas por cada una que cortara Hércules.

En otro texto de esta sección, el autor advierte que, para celebrar el Día Mundial de la Salud, el 7 de abril de 2021, la OMS planteó el eslogan “Construir un mundo más justo y saludable”, y se pregunta si “no nos resulta afrentoso y vergonzoso como

sociedad que año con año continuemos elaborando este tipo de consignas, pero sin concretar acciones que generen cambios significativos”.

El penúltimo texto de la sección y de la obra se refiere a otra enfermedad menos visible pero no menos preocupante que la Covid-19 y que esta seguramente agravó: “la depresión, la pandemia silenciosa de nuestra época”. Y el último texto reflexiona sobre la cuestión relacionada de la tristeza y la felicidad, cuestionando la forma de reducir la segunda al bienestar físico y a la posesión de muchos bienes materiales, y subrayando la necesidad de estudios rigurosos “que permitan comprender al mundo y entendernos a nosotros mismos, para poder encontrar mejores formas de vivir, desarrollarnos plenamente y alcanzar la felicidad”, en lo que los estudiosos de las universidades tendrían que jugar un papel relevante.

Para terminar, retomo el primer texto de la obra, “Puentes, muros o trincheras”, que contiene una idea con la que coincido y me parece importante. Frente a una visión pesimista de la historia humana, que la concibe como circular, con una interminable repetición de conflictos al parecer incluso cada vez más violentos, otra lectura del pasado puede sustentar una visión más optimista que, entre el cúmulo de los hechos ocurridos a lo largo de siglos y milenios, alcanza a detectar una tendencia a superar las formas más agudas de confrontación, a sustituirlos por enfrentamientos menos sangrientos como las justas deportivas, y a reemplazar la fuerza como criterio para definir al gobernante por elecciones democráticas y debates parlamentarios.

Estoy seguro de que la lectura de los textos recopilados en este volumen y los que lo precedieron enriquecerán la forma de pensar de sus lectores, alrededor de temas de gran importancia, que el rector ha presentado semanalmente a la sociedad de Aguascalientes, en un meritorio esfuerzo congruente con el papel social que debe jugar la institución que le ha tocado encabezar.

POSTURAS
E IDENTIDADES
DISCURSIVAS

PUENTES, MUROS O TRINCHERAS... ¿CÓMO CONCEPTUALIZAMOS LAS DISCUSIONES?¹

En 1980, los lingüistas George Lakoff y Mark Johnson publicaron un ensayo de semántica, que a la postre se convertiría en un clásico sobre los mecanismos de la cognición humana. En esta obra –nombrada muy atinadamente *Metaphors We Live By*– los estudiosos del lenguaje sostenían que las personas concebimos el mundo, lo interpretamos y nos relacionamos con él mediante un sistema mental de generación de metáforas. De acuerdo con ellos, todo lo que hacemos, decimos y pensamos está atravesado por dicho sistema (esta oración puede ser un buen ejemplo: he afirmado que algo tan abstracto como un sistema de pensamiento tiene la capacidad de “atravesar” ideas, palabras y acciones).

Dentro de los modelos que mencionan como esquemas metafóricos consolidados entre nosotros, me llama la atención uno en particular, que podría enunciarse de la siguiente manera: “una discusión es una guerra”. Gracias a este esquema, no solo generamos frases sobre defensa y ataque al referirnos al intercambio de ideas de un tema donde haya posturas diver-

1 Columna publicada el 22 de octubre de 2021.

gentes, sino que además adecuamos negativamente nuestra actitud, empatía y disposición hacia nuestro interlocutor, como si se tratara de un adversario o, en el peor de los casos, un enemigo.

A juzgar por el lastimoso (y metafórico) campo de batalla en que se han convertido nuestras redes sociales y diversos espacios académicos, huelga decir que la observación de los lingüistas norteamericanos no estaba falta de razón. Pero lo que me llama la atención y por lo que he recogido este planteamiento sobre la manera en que abordamos gran parte de nuestras interacciones verbales, es la naturalidad con la que hemos absorbido e integrado a nuestras relaciones cotidianas la idea de guerrear o de vivir a través del confrontamiento. Llama la atención aunque, paradójicamente, no debería sorprendernos mucho: no solo nuestra literatura y artes en general, sino nuestro desarrollo de tecnologías, las religiones y las configuraciones geopolíticas actuales abrevaron y se configuraron en gran medida de y desde conflictos bélicos o, al menos, de interacciones altamente violentas (piénsese en *La Iliada*, en los drones, en casi todo el Antiguo Testamento y en nuestra actual frontera con Estados Unidos, como ejemplos respectivos de cada uno de los tópicos mencionados).

La lucha por la sobrevivencia y, posteriormente, por un mejor posicionamiento con respecto a nuestros semejantes ha sido, sin duda, uno de nuestros motores más antiguos; uno que afortunadamente ha ido mutando con el desarrollo y perfeccionamiento de las sociedades estructuradas y organizadas: de la disputa corporal en la que se ponía en juego la vida misma, pasamos a privilegiar las competencias deportivas (que podrían verse aquí como escaramuzas o metáforas de esas guerras, pero con protección de nuestra dignidad e integridad física: lo único que queda es el “espíritu de competencia”); del uso de la fuerza bruta para posicionarnos como líderes de la tribu, pasamos a sistemas políticos tan sofistica-

dos como las democracias; de la imposición de las ideas por las armas, pasamos al cultivo del esgrima argumentativo (esa otra guerra hecha no de cuchillos y proyectiles físicos, sino de palabras y razonamientos).

Todo lo anterior supone una transformación con respecto al pasado, que nos ha permitido mejorar notablemente las condiciones de vida en general: sin negar las evidentes brechas, desequilibrios e injusticias que existen con respecto a la repartición y usufructo de servicios y recursos, lo cierto es que la esperanza de vida, la oferta alimenticia, la seguridad, los servicios de salud, traslado y comunicación, y las oportunidades educativas que hoy tiene un ciudadano promedio de una ingente cantidad de países, serían inimaginables hace algunos siglos. De hecho, podríamos decir que precisamente los grandes avances que se han logrado en las sociedades mejor organizadas son también los que vuelven más evidentes (e intolerables) las desigualdades contemporáneas.

Digresiones aparte, el traslado de los enfrentamientos bélicos a las guerras verbales resulta deseable ahí donde –desgraciadamente– se siguen viviendo disputas militares, y por supuesto es preferible que los ciudadanos tengan altercados en redes digitales en lugar de agresiones físicas. Pero eso no significa que está bien usar nuestras palabras para lastimar: un mal, aunque sea menor, sigue siendo un mal; además, es relativamente fácil pasar de las palabras a los hechos (no es gratuita la especial atención que suelen dar los países al reclutamiento y la preparación de cuerpos policíacos y castrenses). Finalmente, y también como parte del traslado de nuestras formas cotidianas de violencia, hemos desarrollado una mayor sensibilidad psicológica y social a los ataques verbales: creo que a estas alturas es posible afirmar que el daño psicológico, económico y social que le podemos causar a alguien con el solo uso malintencionado de nuestra voz y de las redes, es equiparable en

gravedad al daño que le hubiéramos hecho causándole un mal físico irreversible.²

Cabe recordar que, a la par de nuestro espíritu competitivo y nuestras milenarias inclinaciones belicosas, los seres humanos hemos desarrollado un instinto paralelo o contrapuesto (según se quiera ver) muy acorde a nuestra naturaleza gregaria: la cooperación. Desde el trabajo conjunto, el diálogo y la educación (esta última, paradigma de la generosidad y el instinto cooperativo), hemos consolidado cada una de nuestras sociedades y le hemos sacado el mayor provecho posible a los mejores descubrimientos, inventos y razonamientos individuales. Desde la cooperación (y por extensión el diálogo cooperativo) hemos logrado también encontrar puntos de común acuerdo, disolver conflictos o mantener a raya amenazas significativas (como la activación de nuevas guerras entre las grandes potencias).

Desde la cooperación se alcanza una paz, una justicia y una equidad más reales que desde el encomio. Dicho lo anterior, recordemos entonces que hay otros esquemas metafóricos posibles para conceptualizar una discusión, además del de la guerra: una discusión es un intercambio de ideas; una búsqueda conjunta de la razón; es tender puentes y generar conocimientos a partir de las palabras. Discutir, si lo queremos, puede ser un diálogo fraterno; una forma de cooperación. De nosotros depende que nuestro contacto verbal con los demás sea una experiencia constructiva o todo lo contrario. Elijamos bien.

2 *Para una reflexión del autor al respecto del daño potencial de las palabras, puede consultarse el texto "Las palabras también matan", en Diálogos Universitarios. Columnas editoriales y discursos 2019, publicado por esta misma casa editorial en 2020 (N. del E.).*

LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN EN TIEMPOS DE CENSURA³

Desde un abierto empuje hacia la polarización social y un fecundo victimismo (que, de acuerdo con el ensayista Daniele Giglioli, se ha convertido en poderosa herramienta de chantaje y poder político)⁴ diversas personas y grupos con influencia mediática han reinstaurado en gran parte de Occidente una cultura del “baneo” o la cancelación, así como de la censura. Paradójicamente, esto ocurre en una época sin precedentes en cuanto a las posibilidades comunicativas y de acceso a la información.

Esta desafortunada mezcla entre la hiper-capacidad comunicativa a gran escala y la cancelación de posicionamientos incómodos o no concordantes con algunas sensibilidades, posturas e ideologías, deriva en el fortalecimiento de la pos-verdad, las noticias falsas y las falacias argumentativas, así como en el empobrecimiento de la pluralidad de opiniones, posturas y líneas de pensamiento científico, económico, artístico y social.

Paralelamente, se desarrolla un peligroso temor comunitario al disenso, lo que, como una especie de enfermedad

3 *Columna publicada el 11 de junio de 2021.*

4 *Giglioli Daniele (2017), Crítica de la víctima, Barcelona, Herder.*

progresiva que atacara a la capacidad de habla, genera mutismo entre académicos, intelectuales, artistas y comunicadores, quienes prefieren evitar exponerse a linchamientos, insultos e injustos escarnios sociales.

Como puede notarse, lo que se pone en juego es nada menos que uno de los pilares sobre los que se construye cualquier sociedad sana o que aspire a serlo: la libertad de expresión. Esta libertad –consignada en un sinnúmero de constituciones nacionales y acuerdos internacionales, como la misma Declaración Universal de los Derechos Humanos⁵ resulta indispensable para la generación y transmisión de conocimientos, así como para la discusión y aprobación de propuestas que busquen la mejoría del entorno. Dicho en sentido inverso, renegar de la libertad de expresión o condicionarla pauperiza el trabajo académico, al sistema educativo y a la propia estructura legal de las instituciones, comunidades y naciones.

Resulta preocupante entonces que no solo los gobiernos de algunos países, sino la misma sociedad civil, incluso a través de profesionistas y estudiantes de nivel superior, decidan abrazar la intolerancia al disenso y la expresión de argumentos, estadísticas o datos que no favorecen la preconcepción del mundo con la que simpatizan. Hay quienes podrían pensar que esto ocurre solamente en países de tercer mundo con incipientes democracias o con sistemas autoritarios; lo cierto es que incluso en comunidades que se consideran adalides de la libertad y la pluralidad, como Estados Unidos, está creciendo con fuerza este posicionamiento dogmático y totalitario: aunque son pocos aún, ya hay estudios y ensayos importantes que ponen en el foco de discusión la creciente cultura de cance-

5 En su artículo 19, que a la postre reza: “Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión.” (N. del E.).

lación y censura que está contaminando a las universidades norteamericanas.⁶

Lo terrible de esta cruzada –que originalmente buscaba erradicar expresiones de odio y discriminación normalizadas en la sociedad– es que ahora combate abiertamente a la libertad de expresión, así como al acceso a la cultura y el conocimiento, siempre que aquello que se diga no le favorezca o guste. Ahí el enorme peligro de querer convertir la ciencia, el arte o la misma descripción de la realidad en un asunto que deba pasar primero por el censo moral de la ideología o la facción política del momento.

6 *Y no cualquier tipo de universidades: por ejemplo, en 2021 el geofísico Dorian Abbot fue linchado en redes debido a su opinión de que las evaluaciones académicas deberían de basarse en el mérito de los sustentantes. Fruto de la presión mediática, el prestigioso MIT lo retiró de la cátedra de ciencia que impartía con ellos. Otro caso llamativo es el de Peter Boghossian –filósofo de formación– quien ciertamente no fue separado de sus clases en la Universidad Estatal de Portland, sino que decidió renunciar argumentando que su universidad había sacrificado las ideas por las ideologías, impulsando la intolerancia a las ideas divergentes. Otros casos han sido documentados por Heather Mac Donald en *The Diversity Delusion. How Race and Gender Pandering Corrupt the University and Undermine Our Culture* y por Douglas Murray en *The Madness of Crowds: Gender, Race and Identity. Sobre la cultura de la cancelación, puede leerse también el texto “La cultura de la cancelación”, que aparece en Humanismo y razón. Columnas editoriales y discursos 2020 publicado bajo el sello de esta casa editorial. Dado que la carta de renuncia de Boghossian no tiene desperdicio, incluyo aquí el código QR donde puede leerse en su lengua original (N. del E.).**



A la luz de estos hechos,⁷ sería útil hacer una reflexión conjunta sobre el complejo fenómeno del que estamos siendo partícipes con respecto a este tema. Comprendamos que, en un mundo plural, por fuerza existirán posicionamientos y lecturas de la realidad no coincidentes; entendamos también que termina siendo una bajeza y un acto de violencia no menor el intentar silenciar –a través de la cancelación y la censura– los datos y argumentos que no son de nuestro agrado.

Más grave aún resulta la competencia artera que ocurre entre personas e instituciones dentro de Occidente, por arrogarse a toda costa la nomenclatura de víctimas (en cualquier tema o circunstancia) para, desde ahí, hacer de su opinión una suerte de verdad incuestionable, crear salvoconductos que les permitan ejercer violencia psicológica, verbal e incluso física contra los demás y para, finalmente, coartar la libertad de expresión con el afán de someterla a un escrutinio político e ideológico, impropio de la sociedad del conocimiento que decimos ser.

Desde la inteligencia y la madurez cívica, comprendamos que el disenso nos favorece, porque solo en el contrapunteo de ideas y lecturas sobre el mundo y sobre nuestros actos es posible encontrar los fallos de nuestras posturas personales o colectivas. Y solo sabiendo en qué estamos fallando podemos dar un paso hacia la mejoría intelectual, científica, política y social. Sacudamos de nuestro entorno cualquier tentación a zanjar posturas incómodas mediante la cancelación y afrontemos el reto de la civilidad, desde el diálogo que solo puede darse ahí donde se respeta la libertad de expresión.

7 *Originalmente, este párrafo iniciaba así:*

El lunes anterior, siete de junio, celebramos en México el Día de la Libertad de Expresión. En el marco de esta conmemoración establecida desde 1951 por el entonces presidente Miguel Alemán Valdés...

UN APUNTE SOBRE LA TOLERANCIA Y EL RESPETO⁸

En su uso original, la palabra ‘religión’ tiene un fuerte componente místico y teológico. Diccionarios como el de la Real Academia Española confirman esto, al presentar como primera acepción del lexema lo siguiente: “Conjunto de creencias o dogmas acerca de la divinidad, de sentimientos de veneración y temor hacia ella, de normas morales para la conducta individual y social y de prácticas rituales, principalmente la oración y el sacrificio para darle culto”.

A pesar de que este uso es el de mayor aceptación, lo cierto es que etimológicamente el lexema no concibe como uno de sus elementos necesarios el concepto de ‘dios’ o ‘divinidad’ (como en cambio sí sucede en palabras como ‘teocracia’, ‘teología’ o ‘ateísmo’, donde se menciona explícitamente a un dios o ‘teos’). Religión es, en primera y última instancia, la acción y el efecto de ligarse (o re-ligarse) a algo. Y ese algo puede ser cualquier cosa: entidad divina, líder social, organización política o ideología. Lo que prevalece entonces no es a qué o quién entregarse o complacer para que la unión se produzca, sino la necesidad de hacerlo y la realización del acto.

Señalo lo anterior porque algunas personas han pensado por décadas que terminar con la idea de dios equivaldría

a quebrar la necesidad religiosa y, con ello, erradicar cierta cerrazón de pensamiento que suelen manifestar algunos integrantes de diversas instituciones teocráticas; cerrazón que, en distintas ocasiones a lo largo de la historia de las civilizaciones, ha sido fuente de intolerancia y oposición a derechos humanos fundamentales.

En un mundo con tendencia hacia el incremento del ateísmo o, por lo menos, hacia la implícita o explícita separación de las personas con respecto a las instituciones religiosas tradicionales, la hipótesis formulada en el párrafo anterior tendría que comenzar a comprobarse: desprendidas de la necesidad de cumplir preceptos de comportamiento para agradar a entidades metafísicas –entre los que parece presuponerse también el deber de rechazar a quienes no se ajusten a tales preceptos– las personas podrían desarrollar con mayor facilidad la autodeterminación, así como la celebración de la diversidad y la tolerancia a los demás con respecto a sus formas de pensar y de actuar.

Sin embargo, tal hipótesis no solo no ha podido ser comprobada, sino que parece ser errónea: el proceder intolerante, dogmático e impositivo de diversos sectores sociales ajenos al teísmo y, por supuesto, a las religiones tradicionales, nos muestra que la idea de dios no era la fuente del problema: la necesidad de pertenencia (y por lo tanto de ligarse a algo), la descalificación, censura o cancelación de quienes no piensan como uno, la defensa a ultranza de las ideas del grupo al que uno pertenece y el intento por imponer tales ideas a los demás, parecen ser necesidades y actitudes propias de los seres humanos en general, independientemente de su lugar de procedencia, género, color y filiación religiosa o ideológica.

Pareciera que también está en nuestra naturaleza, como si de un instinto se tratase, la búsqueda de control sobre lo que nos rodea o, en su defecto, de saber que todo sucede “por algo (superior)”; que hay por encima de nosotros personas o entidades

(desde empresarios o políticos, hasta ángeles, la Pachamama o la luna y los planetas) que tienen ese control, esa volición y esa responsabilidad sobre nuestros destinos. De alguna forma, necesitamos dar un sentido fijo, causal y jerárquico a todo lo que nos sucede. De ahí se deriva nuestra tendencia a imaginar conspiraciones en todos lados; pero también la producción a mansalva de mesías, teorías salvadoras e interpretaciones simplistas y preferentemente maniqueas del mundo.

Tal vez por esta necesidad tanto de pertenencia como de dar sentido a todo en los términos simples y verticales que he mencionado, nos dejamos seducir con bastante facilidad por frases breves, sentenciosas, aglutinantes e “inquestionables”, que nos den certezas rápidas y nos ahorren el agobiante trabajo de hacer un permanente esfuerzo de reflexión, o de aceptar que vivimos en un mundo social complejo, lleno de accidentes, coyunturas, arbitrariedades, contradicciones e incertidumbres. No es gratuito que, como estrategia de seducción o convencimiento, los dogmas, los eslóganes publicitarios y las consignas políticas tengan tanto éxito; tampoco que plataformas como Twitter, hechas para la producción de comentarios cortos, maniqueos y “lapidarios”, tengan enorme aceptación entre las masas; ni que todo lo anterior sea hiper-explotado por líderes sociales e ideológicos, así como por expertos en psicología aplicada al *marketing*.

A la luz de lo aquí planteado, valdría la pena hacer una reflexión que nos permitiese salir de este fallo conceptual que nos hace seguir errando ahí donde deseábamos cambiar: debemos aceptar primero que –mientras no lastime, le falte al respeto o se imponga a los demás– las filiaciones teológicas y religiosas no son de ninguna manera problemáticas, y no tendríamos por qué buscar su desarticulación ni atacar a sus feligreses (hacerlo sería incoherente, porque equivaldría a imponer nuestras propias ideas, en detrimento de las creencias, la identidad y la manera de vivir de otras personas).

Una vez establecido lo anterior, lo que debemos combatir son nuestras tendencias a la cerrazón de pensamiento. Debemos reformular los términos en los que nos adherimos a colectividades, corrientes e ideologías, de tal forma que nuestra adscripción no implique renunciar a nuestra capacidad crítica, el sano escepticismo, la autodeterminación y el contraste permanente entre las afirmaciones de nuestros líderes o grupos y los hechos. Desde esta reformulación, no solo tendríamos mejores oportunidades de evitar toda clase de ideas victimistas, supremacistas y paranoides, sino que también estaríamos en la vía correcta para desarrollar los valores de la tolerancia y el respeto hacia las demás personas.

IDENTIDAD Y VIOLENCIA: UN APUNTE EN EL MARCO DEL DÍA MUNDIAL DE LA DIVERSIDAD CULTURAL PARA EL DIÁLOGO Y EL DESARROLLO⁹

Territorio y economía suelen figurar como las principales razones por las que –lamentablemente– una comunidad o país tiene un enfrentamiento bélico con otro. Hay innumerables ejemplos para sustentar esta afirmación, entre los que podríamos recordar –por sus dimensiones y fama histórica– el caso de los macedonios bajo el liderazgo de Alejandro Magno, el de los romanos y su monumental expansión ocurrida entre el 300 a.C y el 300 d.C., y el de la España Imperial, la cual llegó a ser tan vasta que Felipe II afirmaba que en su reino nunca

9 *Columna publicada el 21 de mayo de 2021.*

se ponía el sol.¹⁰ Al margen de estos casos paradigmáticos, cualquier país –incluido el nuestro– tiene su historia de invasiones, así como de defensas del espacio y las riquezas que reclama como propias.

Si abrimos un poco más el enfoque, observaremos que la lucha por el dominio de un lugar no es exclusiva de nuestra especie. Sin disculpar el derramamiento de sangre en el caso de los seres humanos, podemos decir con fines descriptivos que el uso de la violencia es un recurso al que casi cualquier ser de este planeta recurrirá, cuando sienta que no le queda otra opción para la defensa o la consecución de una zona de seguridad individual o comunitaria. Esto parece ser parte de la naturaleza.

Lo que sin dudas parece exclusivo de nuestra especie es el ejercicio de la violencia motivada por razones ideológicas: de género, raciales y religiosas. No son pocas las guerras, los linchamientos, las masacres y los éxodos que se han desencadenado por la pretensión, por parte de una comunidad, de hacer que el resto de las personas sea, piense, hable y actúe de una manera determinada. Desde tiempos inmemoriales y hasta la fecha, encontramos ejemplos de grupos persiguiendo, hostigando y violentando de muchas formas a gente de pigmentación, procedencia, género, religión o pensamiento distinto.

Quienes así se desenvuelven –sean de la postura política, ideológica o religiosa que sea– están convencidos de poseer la verdad absoluta (lo que sea que eso signifique), ser intelectual y moralmente superiores o estar actuando en defensa de un

10 *Recordemos que el Alejandro Magno conquistó Grecia, Egipto, Persia y grandes porciones de Asia. Durante su periodo de expansión, fundó 70 ciudades. Por su parte, el Imperio Romano alcanzó a dominar una superficie cercana a los cinco millones de kilómetros cuadrados, que tocaban extensas porciones de África, Europa y Asia Occidental. En cuanto al imperio español, este llegó a dominar una parte significativa de Europa (Felipe II fue Duque de Milán, Rey de Nápoles, de Inglaterra, Irlanda, los Países Bajos, Portugal y Sicilia) y más de la mitad del continente americano (N. del E.).*

bien mayor. En gran medida, esta forma de enajenación se desencadena por una previa renuncia a la individualidad, en aras de fundirse en una identidad colectiva. Lo grave es que, al renunciar a la individualidad y el pensamiento propio para dejarlo en manos de la voluntad y las consignas grupales, se mina la capacidad de raciocinio y libre albedrío, se adoptan como dogmas las premisas del colectivo y se cae, tarde o temprano, en una postura radical (esencialmente violenta, injusta y sorda), que funciona como una muralla ante cualquier cuestionamiento externo.

El empequeñecimiento o la disolución del ser individual para acoplarse a una identidad colectiva, compromete a las personas a defender las ideas y acciones de su grupo a costa de lo que sea. Incluso aunque se sospeche (o en el fuero interno se comprenda) que hay puntos donde se parte de falacias, injusticias y errores en la apreciación de los hechos y en el juicio hacia las demás personas, se siente la obligación de cerrar filas “para no hacerle juego a los adversarios”, o para no debilitar las posiciones ganadas por el grupo al que uno pertenece. Esta defensa a ultranza se funda en la sensación de que un resquebrajamiento del colectivo pondría en riesgo los pilares identitarios de cada uno de sus integrantes.

Otra consecuencia visible de esta alienación es que también se tiende a diluir o negar la individualidad de quien se considere enemigo: ya no es Juan Pérez o María López, sino solo un representante de la etnia, género, color, pensamiento o religión que se esté combatiendo. Si se le niega a alguien su esencia como persona, no solo es fácil desechar sus argumentos sin escucharlos, sino que también resulta relativamente sencillo tratarle con desprecio y agresividad psicológica, verbal y física.

Por desgracia, estamos atravesando una época de muy poco diálogo real, pero de muchas confrontaciones entre colectividades (sobre todo políticas, étnicas e ideológicas); una

época en que la sensatez y la medida son tomadas por tibieza y se exige de cada persona una suerte de renuncia a su individualidad, para abrazar posturas grupales cada vez más rígidas, polarizadas y sordas hacia la otredad. Resulta alarmante que, desde ese tipo de posicionamientos, algunos dicen que buscan generar condiciones de paz, reivindicación, justicia social, equidad, respeto y hermandad.

Valdría la pena realizar un ejercicio de reflexión sobre la manera como percibimos a las personas que no comulgan con nuestras ideas, gustos y preferencias, o que no pertenecen a nuestra comunidad, género, religión o ideología. Si cada uno de nosotros actúa de buena fe y a la luz de la razón, encontraremos oportunidades para la construcción de identidades sanas e independientes. Así, sin el enorme peso de haber comprometido nuestro pensamiento con causas que parecieran pedir lealtades ciegas, podremos construir mejores puentes para el encuentro y el diálogo con los otros. Desde la comprensión de las razones y las necesidades de los demás, podremos establecer –con relativa sencillez– condiciones adecuadas para vivir en espacios de respeto mutuo, pluralidad, empatía y hermandad, alejados de sectarismos y prejuicios.

No está de más caer en cuenta de que el sano intercambio de ideas, conocimientos y costumbres produce riqueza, bienestar y cultura; mientras que las guerras y, en general, el ejercicio de la cerrazón, la sordera selectiva y la violencia colectiva suelen generar desconfianza, destrucción y un significativo empobrecimiento humanitario y cultural. Apostemos entonces por la apertura al diálogo, la educación, la pluralidad y la intercomprensión.

DÍA INTERNACIONAL DE LA FRATERNIDAD: UNA NUEVA Y NECESARIA EFEMÉRIDE¹¹

I

 El cuatro de febrero de 2021 se celebró por primera vez en la historia el “Día Internacional de la Fraternidad Humana”. La resolución tomada por la Asamblea General de la ONU, con respecto a integrar este motivo a su calendario de efemérides, tuvo como raíz una reunión llevada a cabo en 2019 entre el papa Francisco y el gran imán de Al-Azhar, Ahmad Al-Tayeb. En ella, los representantes del catolicismo y el islamismo, respectivamente, dialogaron sobre la mezquindad, el individualismo y el materialismo exacerbado en el mundo, así como las interpretaciones péfidas sobre el quehacer político, la religión y los parámetros para medir el valor de las personas;

11 *Columna publicada en dos entregas, los días 05 y 12 de febrero. Se han editado en esta versión los párrafos originales que servían como puente o guía de conexión entre ambas publicaciones, de tal forma que la lectura fluya aquí como si se tratase de un solo texto. He dividido con los números romanos I y II cada una de las dos entregas, a fin de mantener una marca que recuerde el tratamiento y la división original del texto (N. del E.).*

antivalores y actitudes que han derivado en la profundización de las desigualdades sociales y el recrudecimiento tanto de crímenes de odio, como de actos extremistas y radicalizaciones ideológicas a lo largo y ancho del planeta.

Del intercambio de ideas surgió un documento conjunto titulado “Sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común”;¹² texto que fue turnado a la ONU, con la petición de generar una fecha especial en la que se reflexionara profundamente sobre el problema conjunto de la polarización social, así como del debilitamiento del sentido ético y la responsabilidad humana. Desde este espacio hemos hablado en muchas ocasiones acerca de dichos temas y de la urgente necesidad de ponerlos en el centro de nuestras agendas personales y colectivas;¹³ por ello, saludamos con beneplácito la resolución de las Naciones Unidas, que ha tomado el gesto de apertura al diálogo de estos dos personajes como un ejemplo de que, a pesar de las diferencias, es posible encontrar puntos de preocupación y construcción común, que todos deberíamos de compartir independientemente de nuestras creencias y filiaciones. En este sentido, celebramos la apertura de un momento internacional adecuado para que los gobiernos, las instituciones y la sociedad en general tomen

12 *Incluyo aquí el enlace QR al documento mencionado (N. del E.).*



13 *De este mismo autor, pueden consultarse los textos “Cuando hacemos del discurso un acto de violencia” y “El peligro de las radicalizaciones”, en Reflexiones universitarias (UAA, 2019); “Las palabras también matan” y “Polarizaciones y maniqueísmos”, en Diálogos universitarios (UAA, 2020), y “La cultura de la cancelación”, “Tolerancia” y “La polarización severa y las democracias divididas”, en Humanismo y razón (UAA 2021) (N. del E.).*

conciencia de los errores que estamos cometiendo desde dos vertientes:

La primera es adoptar como narrativas sociales el maniqueísmo y la defensa a ultranza de dogmas ideológicos, religiosos y políticos. Esto, al ser llevado a sus últimas consecuencias, lejos de lograr el desarrollo común, la paz y la dignificación de todas las personas, está propiciando el aumento de la violencia verbal, física e institucional; así como las desigualdades, la satanización de la otredad y la generación de posturas cerradas e irreconciliables. La segunda vertiente consiste en integrar a nuestra vida cotidiana (a veces incluso en contradicción con las ideas y narrativas que sostenemos) dinámicas de hiperconsumo y de indiferencia hacia las demás personas (sobre todo de los sectores más vulnerables); coadyuvando de esta forma, directa e indirectamente, al crecimiento de las brechas de desigualdad, las crisis humanitarias y la destrucción del medioambiente.

Con respecto a las ideas, posturas y actos que derivan en situaciones graves de encono, agresión y hostigamiento entre grupos o comunidades, podríamos pensar que la reflexión propuesta en esta efeméride está lejos de tocarnos o apenas si nos incumbe tangencialmente, porque el entorno particular en que vivimos no tiene puntos de comparación con el de aquellas regiones en guerra o donde se ejerce cotidianamente violencia letal por diferencias de pensamiento político, religioso e ideológico. Pero si lo pensamos con más cuidado, observaremos que nuestra creencia es errónea, porque si bien la violencia debe medirse de acuerdo con parámetros de contexto, motivación y gradualidad, lo cierto es que en un mundo altamente mediatizado y galvanizado como el que habitamos, basta lanzar una calumnia a través de una red social, para perjudicar gravemente el nombre, las relaciones, la seguridad o la vida misma de uno o varios individuos (e incluso de grandes grupos; máxime ahora que existe una muy fuerte y nociva ten-

dencia a desaparecer la individualidad de las personas, para catalogarlas y juzgarlas de acuerdo a una pertenencia colectiva, como por ejemplo su género, sus preferencias sexuales o su filiación política).

No compartimos el contexto de las graves problemáticas y crisis humanitarias que se viven en regiones de África, Europa y Medio Oriente, alimentadas por la incapacidad de convivir con posturas políticas o religiosas distintas. Sin embargo, desde la paz, el estado de derecho y la libertad de creencia y de expresión propias de la cultura democrática, hemos generado nuestros propios sutiles mecanismos de intimidación, intolerancia y agresión sistemática contra quienes no comparten nuestras opiniones, creencias y narrativas. De manera paradójica, estos mecanismos están consolidándose entre sectores y grupos cuya esencia originaria se nutrió de valores y objetivos encomiables, como la búsqueda de la tolerancia, la no violencia, la justicia social, la libertad, la equidad y la pluralidad.

Cada vez con mayor frecuencia nos encontramos personajes, organismos y colectivos supuestamente a favor de los valores recién mencionados, que dividen simplista y maniqueamente el mundo, y que buscan la generación de enemistades y desacuerdos estériles; cada día parecen cobrar más fuerza las agendas inquisitoriales y las posturas dogmáticas entre sectores teóricamente incompatibles con ese tipo de ideas y actitudes. Piénsese, por ejemplo, en los casos de artistas, académicos y estudiantes que pugnan por consolidar los juicios sumarios en redes, los linchamientos virtuales y la cultura de la cancelación de obras artísticas, o de personas que no comulgan o no se adaptan a sus formas de pensar. Considérese también la creciente lucha de gente con educación universitaria (incluso a nivel posgrado) por la erradicación fáctica de garantías fundamentales, como el principio de presunción de inocencia, el derecho a una defensa justa y, en su caso, a la rehabilitación, el perdón y la reinserción social.

Estas nuevas formas de intolerancia, oscurantismo y polarización –tan parecidas en su fondo a las de otras regiones y épocas que se suponían superadas en Occidente– caminan en sentido contrario a la búsqueda de la paz, la fraternidad, la racionalidad y los derechos humanos. Debemos insistir en que, aunque momentáneamente las dinámicas violentas ahora descritas distan de parecerse a las registradas donde hay movimientos bélicos o células terroristas, los efectos a largo plazo podrían acercarse en amplitud y gravedad, si no se corrige el rumbo a tiempo (el encono y la censura pueden equipararse a una avalancha: no van de más a menos, sino viceversa). Más allá de las dinámicas en sí mismas, lo alarmante es identificar su promoción desde los lugares donde tendría que imperar la búsqueda de la pacificación, el entendimiento, el diálogo y la verdadera hermandad.

II

Hablemos ahora de la indiferencia de la sociedad hacia los sectores históricamente desfavorecidos (en donde pueden subsumirse las dinámicas de consumo irresponsable y la patológica acumulación de recursos por parte de un ínfimo porcentaje de la sociedad, en detrimento de la gran mayoría).

Al respecto, quisiera comenzar apuntando que –sin justificar las crecientes polarizaciones ideológicas, políticas y sociales– el endurecimiento de las posturas y la efervescencia de algunos discursos de odio y de líderes que los promueven tiene como uno de sus orígenes la actitud egoísta de gobiernos y sectores de la sociedad favorecidos, así como su complacencia –o por lo menos su mutismo– ante dinámicas industriales, laborales y mercantiles leoninas, que han derivado en la profundización de las brechas de desigualdad durante las últimas décadas.

En el texto que la ONU tomó como base para la creación del Día Internacional de la Fraternidad, se consigna que:

[...] la injusticia y la falta de una distribución equitativa de los recursos naturales –de los que se beneficia solo una minoría de ricos, en detrimento de la mayoría de los pueblos de la tierra– han causado, y continúan haciéndolo, gran número de enfermos, necesitados y muertos, provocando crisis letales de las que son víctimas diversos países, no obstante las riquezas naturales y los recursos que caracterizan a las jóvenes generaciones. Con respecto a las crisis que llevan a la muerte a millones de niños, reducidos ya a esqueletos humanos –a causa de la pobreza y del hambre–, reina un silencio internacional inaceptable.¹⁴

En efecto, impera un silencio cargado de egoísmo y mezquindad; un mutismo que permite la injusticia y la impunidad; que genera condiciones para la emergencia de hartazgo social y razonables reclamos por un cambio, pero también le abre la puerta a peligrosos resentimientos, perversas narrativas maniqueas y satanizaciones desde una generalización indebida. El documento citado continúa de esta manera:

[...] aun reconociendo los pasos positivos que nuestra civilización moderna ha realizado en los campos de la ciencia, la tecnología, la medicina, la industria y del bienestar, en particular en los países desarrollados, subrayamos que, junto a tales progresos históricos, grandes y valiosos, se constata un deterioro de la ética, que condiciona la acción internacional, y un debilitamiento de los valores [...] y del sentido de responsabilidad. Todo eso contribuye a que se difunda una sensación general de frustración, de soledad y de desesperación, llevando a muchos a caer o en la vorági-

14 Remitirse a la nota al pie #12 en este mismo libro.

ne del extremismo [...] o en el integrismo ciego, llevando así a otras personas a ceder a formas de dependencia y de autodestrucción individual y colectiva.¹⁵

Es claro que debemos pugnar por el impulso de formas más responsables y adecuadas en la distribución de las riquezas, en las dinámicas de consumo y en la atención a los sectores poblacionales más desprotegidos. También debemos tener un cuidado inmenso para no confundir los objetivos y las maneras del cambio, y no caer (como de hecho está sucediendo) en la salida fácil del victimismo generalizado, así como “el extremismo y el integrismo ciego”: estas narrativas y actitudes no están contribuyendo a lograr la concordia, el bienestar individual y colectivo, y las anheladas justicia y equidad; todo lo contrario: empujan a las personas a desentenderse de sus propias responsabilidades, a odiar a la otredad y a caer en un estado de ansiedad, depresión e ira permanente, así como de desconfianza o confianza sectaria hacia los demás (por ejemplo, desconfiar de, o confiar en una persona solo en razón de su género, o creer ciegamente en las palabras de un político, aunque estas no estén respaldadas por acciones y resultados).

¿Qué se puede hacer entonces? Aunque el camino es lento, la fórmula debe centrarse en la educación integral, el fortalecimiento de las instituciones y el mayor involucramiento de las personas en la selección de sus servidores públicos y en la presión para que se generen los cambios necesarios. En aras de vencer la indiferencia contra quienes menos tienen, se debe buscar, por ejemplo, la adopción de un esquema de progresividad en materia de impuestos, así como una mejoría –alejada de simulaciones y fines electoreros– en los programas de seguridad (salud) y apoyo social. Se debe trabajar desde las ONGS y los organismos públicos para la firma (y el cumplimiento) de compromisos y acuerdos que permitan la

15 Remitirse a la nota al pie #12 en este mismo libro.

reducción de los índices de pobreza, inequidad y destrucción irresponsable de los ecosistemas.

Desde el polo personal, necesitamos renunciar a la mitología contemporánea del victimismo y el canto de sirena de los radicalismos ideológicos, con sus dogmas, satanizaciones y canonizaciones en racimo; en lugar de ello, es nuestro deber asumir la responsabilidad de nuestras acciones, hacer un examen auto-crítico e identificar en qué decisiones cotidianas contribuimos al fortalecimiento de las desigualdades, la polarización y la destrucción del planeta.

Tenemos que regresar a la búsqueda del conocimiento, al raciocinio y a la ética argumentativa; incluso aunque los datos, la lógica y los argumentos acaben desmontando aquellas ideas en las que creemos. En este sentido, debemos preocuparnos también por la creciente difusión de discursos panfletarios, que se han desentendido de analizar y comprender la complejidad de los problemas sociales que nos aquejan y, en lugar de ello, han optado por presentar visiones insuficientes y falsas de una guerra entre buenos contra malos, víctimas contra victimarios, mujeres contra hombres, ricos contra pobres, blancos contra personas de color, o heterosexuales contra personas con otras identidades y preferencias sexuales.

Sobre todo quienes nos decimos universitarios –con las herramientas metodológicas, estadísticas, científicas e intelectuales que tenemos– no podemos caer en ese tipo de discursos sesgados: las soluciones reales de nuestros problemas requieren análisis profundos y multifactoriales, así como soluciones proactivas, respetuosas y justas para todos, en lugar de proclamas, linchamientos y eslóganes concentrados en romper toda posibilidad de diálogo y trabajo conjunto.

Debemos entender que, en tanto seres humanos, poseemos la misma dignidad, las mismas posibilidades éticas y los mismos derechos fundamentales. Por ello, cada uno en la medida de sus posibilidades debe buscar la mejoría personal, el

conocimiento, el diálogo y la hermandad. Busquemos, hoy más que nunca, regresar a la fraternidad y la cooperación, a la construcción desde nuestras semejanzas y al enriquecimiento desde nuestras diferencias.

MITOS
Y MITOLOGÍAS
CONTEMPORÁNEAS

DERECHOS Y DEBERES: UNA REFLEXIÓN SOBRE RESPONSABILIDAD Y AUTOCRÍTICA¹⁶

Un posible error de planteamiento en los discursos sociales de nuestra época ha germinado en una actitud paradójica, visible cada vez con más naturalidad entre muchas personas. Puede resumirse en tres ideas encadenadas: 1. “Los demás deben velar por mis derechos y deseos”; 2. “No tengo obligación de aceptar responsabilidades y deberes”; 3. “Cualquier expresión o acto ajeno que no concuerde con mis ideas y creencias constituye una ofensa y una amenaza”.

Si bien difícilmente escucharemos estas u otras frases similares pronunciadas de manera explícita, lo cierto es que subyacen en una gran cantidad de manifestaciones privadas y públicas que, por desgracia, se nutren de respuestas paternalistas o maternalistas, ignorancia y desinformación. A juzgar por las lecturas de diversos psicólogos, investigadores sociales e intelectuales, lo aquí expresado dista de ser un equívoco de apreciación personal.

16 *Columna publicada el 18 de enero de 2021.*

No es gratuita la aparición de términos como “adolescencia extendida”¹⁷ y “snowflake generation”¹⁸ para referirse a este fenómeno. Tampoco es accidente que “posverdad” haya sido considerada por el Diccionario de Oxford la palabra del año en 2016, o que conceptos que parecían superados –como “inquisición” y “dogma”– se comiencen a relacionar cada vez de forma más natural con actitudes y discursos que han adquirido fuerza en los últimos años.

La paradoja conceptual de estas actitudes resulta de exigir derechos (o incluso deseos lejanos a un genuino derecho) negándose a asumir responsabilidades. Íntimamente ligado a lo anterior, se desconocen las relaciones causa-efecto o, para decirlo con todas sus letras, prevalece un rechazo a asumir las consecuencias derivadas de los propios actos u omisiones (siempre que dichas consecuencias no sean beneficiosas). Se ha olvidado que es muy difícil, cuando no imposible, hablar de derechos sociales sin considerar la necesaria contraparte de las obligaciones y deberes. Clarifiquemos con un ejemplo sencillo:

17 *Para mayores referencias sobre este término, se puede consultar documentos como el aparecido en septiembre de 2017 en la revista Scientific American, basado en los trabajos de Jean Twenge (Universidad de San Diego) y Heejung Park (Bryn Mawr College). Agrego aquí enlace QR al texto de la revista (N. del E.).*



18 *El término ha sido empleado en múltiples ocasiones por polémicas investigadoras de la talla de Camille Paglia, pero probablemente quien le dio más popularidad fue Claire Fox, a través de su libro I Find That Offensive, publicado en 2016. Cabe destacar que en el mismo año el Collins English Dictionary escogió a “snowflake generation” como una de sus palabras del año (N. del E.).*

No hay manera de que una persona o colectivo goce de los derechos a la educación y los servicios básicos, si otras personas e instituciones no asumen la responsabilidad, deber u obligación de brindárselos; a su vez, estas personas e instituciones no asumirían dicha responsabilidad, si no pudieran gozar de derechos como la retribución por sus servicios, misma que –de ser económica– se generaría gracias al cumplimiento de otro deber comunitario, entendido como contribución fiscal. En cuanto a las personas que gozan del derecho a la educación, es claro que como contraparte tienen la obligación de, justamente, estudiar: mostrar que hay un compromiso y un aprendizaje real; además de cumplir con los requisitos institucionales y legales que procedan para cada caso. Podríamos continuar con esta secuencia de forma casi indefinida porque, en una sociedad sana, derechos y obligaciones forman una red y también un vasto sistema de contrapesos. Gracias a ello, ciudades y países enteros tienen sistemas de justicia funcionales, estado de derecho y democracia.

Hace no mucho tiempo la filósofa Marina Subirats escribió que:

[...] es momento de que nos demos cuenta de que no hay derechos sin reconocimiento de deberes [...] los derechos de los demás se convierten, a menudo, en deberes para nosotros y viceversa. Y ya no estamos tan desvalidos que no podamos soportar la noción misma de deber u obligación en el marco de la vida colectiva. Sin embargo, no lo hacemos.¹⁹

19 Véase:



En la primera mitad del siglo pasado, Simone Weil, otra filósofa, se expresó en los mismos términos.²⁰ Algo sucedió o dejó de suceder en la época contemporánea, para tener que hacer explícito –de nueva cuenta– algo que tendría que ser implícitamente aceptado por todos.

Siguiendo el misericordioso plural mayestático de Marina Subirats, digamos que no asumimos nuestras responsabilidades porque erróneamente se nos ha enseñado a adoptar esta postura sin consecuencias. Después de todo, cuando la razón no nos acompañe, podremos hablar de discriminación, o de ataques y ausencia de apoyo de quienes nos piden responder a nuestros compromisos y deberes.

Al amparo del uso tergiversado de este tipo de acusaciones mayúsculas, que pronto mediatizamos aprovechando la ignorancia y el temor de los demás a ser políticamente incorrectos si no apoyan nuestra causa (en la que nos configuramos como incuestionables víctimas), creamos un salvoconducto que nos permite no solo exigir sin dar, sino también (y ahí de nuevo la paradoja) transgredir leyes y derechos, calumniar e incluso agredir verbal o físicamente a otras personas, instituciones y propiedades, sin que nada ni nadie nos detenga, nos pida cuentas o nos solicite una compensación. En síntesis y en palabras de Sergio Sinay: “demasiadas veces se confunden, hoy y aquí, derechos con deseos, con urgencias o con intereses personales cuando no sectoriales. Y en nombre de eso se toma

20 *Decía Weil que la noción de obligaciones precedía a la de derechos, por lo que la segunda se subordinaba a la primera. Para un estudio a fondo sobre sus ideas en este tema, puede consultarse la antología (An Anthology) publicada en 2005 bajo el sello editorial de Penguin Books (N. del E.).*

sin dar, se destruye sin construir, se cosecha sin haber sembrado lo que otros plantaron”.²¹

Algo estamos haciendo mal. Algo cercano a la sobreprotección y la infantilización, que confunde, debilita y retrasa nuestros procesos de maduración individual y colectiva. Pensando en todo esto, me parece que, al menos en las universidades –que es el campo de mi competencia– docentes, estudiantes y administrativos debemos replantearnos nuestros discursos, reforzando de manera transversal la inoculación o práctica de conceptos indispensables como los de sentido ético, racionalidad, responsabilidad y vocación. En cuanto a los educadores, debemos recordar que la transmisión de conocimientos técnicos es insuficiente, si no se acompaña de una enseñanza en valores que confronte a los estudiantes consigo mismos y les permita convertirse en ciudadanos de bien, responsables, éticos, autocríticos y verdaderamente solidarios. En este mismo sentido, no podemos permitir (como de hecho ya está sucediendo en distintos centros académicos del orbe) que las ideologías, las opiniones y la censura a la razón tengan más peso que el conocimiento, la rigurosidad de las ciencias y la argumentación lógica.²²

21 Véase:



22 *Originalmente, el texto tenía el siguiente párrafo como cierre:*

Aprovechando el inicio de un nuevo año, los invito a hacer una reflexión personal y autocrítica para que, en conjunto, nos comprometamos con nuestras responsabilidades y obligaciones, como contrapartes indispensables para la existencia de derechos y libertades; simultáneamente, la ocasión puede servirnos para hacer una distinción entre derechos e ideologías (o deseos particulares), de tal forma que no confundamos estas últimas con aquellos.

MITOLOGÍAS²³

*D*e acuerdo con Roland Barthes, los mitos no son exclusivamente un conjunto de narraciones del pasado en el que diversas civilizaciones, hoy extintas o reconstituidas por completo, sustentaron muchas de sus ideas y justificaron tanto su pertenencia a una región como su manera de vivir. Para el filósofo francés, cada generación fabrica sus propias mitologías: narraciones del mundo y sus interacciones desde las cuales los seres humanos se entienden a sí mismos y buscan actuar en consecuencia.²⁴ Así, los mitos –antiguos y contemporáneos– no dejan de ser textos guía o “normalizadores”.

Cuando observamos los discursos del pasado o analizamos la manera de vivir en otras épocas, es relativamente fácil notar los fragmentos que no se correspondían con la realidad pero pautaban las relaciones humanas del momento (es decir, sus mitologías): hubo un tiempo en que lo cantado en las epopeyas fue tomado por verdad (Platón llegó a expresar lo peligroso que era educar a los jóvenes a partir de este tipo de

23 *Columna publicada el 02 de julio de 2021.*

24 *Barthes Roland (2010), Mitologías, México, Siglo XXI Editores.*

textos);²⁵ hubo un largo periodo también en que se hablaba con naturalidad del “derecho divino a gobernar” que tenían algunas familias.²⁶ La humanidad creyó en la Tierra Plana (asombrosamente, hay gente que hoy día sigue sosteniendo este mito), en la Generación Espontánea,²⁷ en el ser humano como referente y centro absoluto del universo (el Sol y los astros, se decía, giraban alrededor de la Tierra);²⁸ se creyó en la esclavización como derecho²⁹ y en que había personas que valían más o menos por su color, género o procedencia (en diversas regiones del mundo prevalecen o están latentes algunas de estas creencias). Las sociedades se organizaron,

25 *Recordemos que en el libro III de su República, el filósofo griego hace explícito su rechazo a los poetas, sugiriendo que se les prohíba trabajar en su república imaginaria, para que sus textos no influyan negativamente en los ciudadanos y, concretamente, en los futuros encargados de la guarda del Estado (N. del E.).*

26 *No solo ocurrió en la antigüedad, en civilizaciones como la egipcia, entre otras; las poblaciones cristianas de la Edad Media también creían en que sus reyes habían sido colocados o validados por Dios mismo. El respaldo de la Iglesia en estos casos siempre fue explícito e incluso podemos encontrar textos como La Ciudad de Dios, de San Agustín, donde se hace patente esta idea y se sugiere que cuestionar la autoridad de un rey de alguna manera equivalía a un cuestionamiento contra Dios mismo (N. del E.).*

27 *Hay que recordar que esta creencia se remonta nada menos que a la Antigua Grecia. El mismo Aristóteles pensaba en la generación espontánea como la vía de creación de no pocos seres y entidades en nuestro planeta. En los siglos XVII y XVIII aún se trataba de un pensamiento defendido por la absoluta mayoría de las personas. Tal vez lo que se puede probar al observar este caso, es que los mitos son precisamente narrativas que funcionan como verdades para sociedades completas, aunque no se correspondan con los hechos o la realidad (N. del E.).*

28 *De nueva cuenta, el geocentrismo como teoría válida, como realidad narrativa, fue compartida por innumerables culturas y posteriormente sostenida por todas las naciones cristianas hasta el siglo XVI; no sin que antes se librara una batalla de prohibiciones, censuras y castigos que intentaron enterrar la postura heliocentrista (N. del E.).*

29 *Vergonzosamente, este derecho fue válido en gran parte del mundo desde siglos antes de la era cristiana hasta hace no mucho tiempo: en Estados Unidos se abolió la esclavitud a mediados del siglo XIX y en otras naciones, como Mauritana, no fue sino hasta 1981 cuando se declaró que esta terrible práctica era ilegal (N. del E.).*

se rigieron y vivieron amparadas en muchas ideas y narrativas que hoy incluso nos avergüenzan, tanto por su falsedad como por las injusticias y errores que desencadenaban. Pero haber ubicado y derrumbado ciertos mitos no significa que no hayamos creado otros y los estemos impulsando.

Para desactivar un mito, es necesario entenderlo como tal. Se trata de señalar una idea altamente promovida y en la que cree un amplio sector de la población, y mostrar que dicha idea parte de una concepción equivocada acerca de la naturaleza de las cosas o de nuestra manera de interpretarla. El problema es que cuando una persona rige su vida a partir de ideas que ya ha tomado por verdades, le resultará sumamente difícil ponerlas de nuevo sobre la mesa de examinación. La situación se complica más si sus creencias son compartidas y reforzadas por el sesgo confirmatorio de cientos, miles o millones de personas, capaces de desestimar refutaciones provenientes del conocimiento riguroso, probado y consensuado en áreas como la genética, la biología, la física, la astronomía, las matemáticas, la lógica, la argumentación y la lingüística, entre otras.

En nuestra época, hemos consolidado la mítica idea de que hay tantas verdades como interpretaciones y que, por ello, todo es relativo y cada opinión es igualmente válida. El triunfo de esta idea absurda generó un excelente caldo de cultivo para el resurgimiento o el nacimiento y consolidación de interpretaciones de la realidad claramente erróneas. Habrá quien afirme que, mientras no hagan daño tales ideas, deberíamos practicar la “tolerancia” y “respetarlas”. A ello podemos responder que no hay razón alguna para solapar una mentira o una afirmación falsa; además, no es una falta de respeto decirle a alguien, por ejemplo, que está probada la esfericidad de la Tierra o los beneficios de las vacunas. Por otro lado, toda idea falsa sobre la naturaleza del mundo y nuestras relaciones entraña necesariamente peligros potenciales, que no tendrían por qué ser tolerados o respetados.

Para ejemplificar lo anterior, podemos retomar el caso de quienes –amparados en una mitología conspiracionista– han hecho campañas en contra de las vacunas. Ya en otras ocasiones hemos hablado de las devastadoras consecuencias que este mito ha generado en diversas regiones del mundo,³⁰ relacionadas con el rebrote y la propagación de enfermedades contagiosas que se tenían controladas o incluso estaban cerca de ser erradicadas. Otros mitos no vulneran la salud física, pero sí la integridad y la paz de muchos individuos, así como la estabilidad social en general. Podemos pensar para este caso en las numerosas confrontaciones que se han hecho contra el Principio Universal de Presunción de Inocencia, bajo la afirmación implícita o explícita de que (dependiendo del mito) la forma de vestir, la procedencia geográfica, el color de la piel o el género son elementos para determinar quién es digno de fe y quién no; quién es *a priori* inocente y quién culpable.³¹

Podríamos recordar otro tipo de afirmaciones contemporáneas más o menos en el mismo tenor, pero los ejemplos

30 *Por ejemplo, puede consultarse en este mismo libro el texto “¿Están fracasando los sistemas educativos de Occidente?” (N. del E.).*

31 *Uno podría pensar inmediatamente en casos de abuso policial o judicial o incluso del pensamiento común tradicional, cuando se condena de una u otra manera a personas por poseer tatuajes, estar “mal” vestidas o tener un tono de piel oscura; pero no nos engañemos: actualmente hay un empuje paralelo contra la presunción de inocencia desde movimientos e ideologías autodenominadas de izquierda y progresistas. Por ejemplo, desde ciertas corrientes se adoctrina a las personas para que se repitan que todo hombre es sospechoso y potencialmente culpable; mientras que la palabra de toda mujer es absolutamente incuestionable. Desde estas posiciones dignas de Torquemada ya se habla explícitamente de la inconveniencia de la presunción de inocencia, siempre que el puesto en el cadalso público sea hombre. Un ejemplo reciente lo dio Denisse Dresser quien, en cadena nacional, dijo con todas sus letras ambas afirmaciones: que nunca debe dudarse de la palabra de una mujer y que “a ella no le vengán con eso de la presunción de inocencia”. Vemos, así un ataque a un derecho fundamental, orquestado desde polos opuestos de derecha y de izquierda, extrañamente unidos en detrimento de los derechos y la dignidad humanas (N. del E.).*

datos bastan para mostrar que cada cosa que nos contemos sobre el mundo y sobre nosotros mismos puede tener severas repercusiones en nuestra salud, en nuestras interacciones sociales, e incluso en nuestras legislaciones y en la administración pública. Por ello, conviene tener bien abiertos los ojos y detectar las inconsistencias o falsedades de aquello que mitificamos como verdad absoluta.

En este sentido, es preocupante observar que algunas ideas actuales, que desde el estudio metódico y riguroso podrían ser fácilmente entendidas como tergiversaciones de la realidad o franca imaginaria colectiva (es decir, como mitos), hoy se están filtrando y tomando fuerza incluso en los discursos y las agendas de instituciones serias. Más grave aún es notar que la reiteración acrítica de dichas ideas comienza a tener consecuencias propias de una sociedad sin derechos humanos (piénsese, por ejemplo, en las acusaciones, los juicios sumarios y los linchamientos virtuales sin sustento, así como en la extendida cultura de la cancelación, que ha llegado ya a los círculos académicos de universidades de prestigio en países como Estados Unidos y Canadá).³²

Es claro que hay una incongruencia importante en nuestro sistema de creencias, cuando la lucha por los Derechos Humanos (de unos) implica un ataque sistemático a los mismos derechos (de otros). A fin de defender honestamente la dignidad de cada persona, con independencia de su género, etnia, pigmentación, lengua, preferencias y creencias, debemos hacer un compromiso total con la autocrítica; aunque eso implique que se desmoronen ciertas ideas con las que nos hemos cobijado o que se han convertido en nuestra bandera.

32 Véase la nota al pie #7 en este libro, así como “La cultura de la cancelación”, de este mismo autor, publicado en Humanismo y razón. Columnas editoriales y discursos 2020, que apareció bajo el sello de esta editorial (N. del E.).

Hagamos un examen interno que nos permita identificar nuestras mitologías e inconsistencias, con la consigna de ser más humanos, solidarios, respetuosos y justos cada día.

A PROPÓSITO DE LA CONSTRUCCIÓN Y ANÁLISIS DE LOS MITOS CONTEMPORÁNEOS³³

I

 En el texto anterior conversamos sobre un concepto de alto interés en términos socioculturales, porque en él se encierra un procedimiento fundamental de creación de realidades a través de las palabras: me refiero al mito (y, por extensión, a las mitologías). Justamente por ser un concepto nuclear, que atraviesa a las sociedades de todas las épocas y del que parte una gran cantidad de equivocaciones intelectuales, así como de grandes injusticias, quisiera dedicar algunas páginas a seguir explorando esta veta y a aventurarnos en el comentario de algún mito vigente.

33 *Columna publicada en tres entregas, los días 09, 16 y 23 de julio. Se han editado en esta versión los párrafos originales que servían como puente o guía de conexión entre las tres publicaciones, de tal forma que la lectura fluya aquí como si se tratase de un solo texto. He dividido con los números romanos I, II y III cada una de las entregas, a fin de mantener una marca que recuerde al tratamiento y la división original del texto (N. del E.).*

Comencemos recordando que los mitos no son otra cosa que fabricaciones discursivas que falsean o distorsionan la realidad, pero se imponen a ella y marcan la manera de pensar y de actuar de muchas personas, e incluso de naciones enteras. Desenmascarar mitos del pasado resulta relativamente sencillo, puesto que, por un lado, tenemos la ventaja de la distancia temporal (lo cual nos da perspectiva) y, por otro, nos brinda la seguridad de no entrar en terrenos espinosos que puedan ofender a quienes ostenten el poder discursivo contemporáneo. Así, dado que no es tema ya de discusión ni campo minado, podemos criticar, entre muchos otros, mitos como el terraplanismo, el valor de las personas de acuerdo a su color de piel, o el derecho a la ciudadanía (o a la oportunidad de votar) exclusiva para el género masculino.

En cambio, hablar de mitos contemporáneos puede llegar a ser complejo y delicado. Complejo, porque requiere de la capacidad para abstraerse o alejarse del fenómeno que se quiere estudiar, a fin de generar la mayor objetividad y profundidad crítica posibles. Delicado, porque los mitos no son tales para la gente que los cree como verdades y los ha tomado como preceptos de vida. Así, cuando están vigentes entre nosotros, habrá necesariamente personas con poder mediático, político y social dispuestas a desacreditar y atacar de muchas maneras a quien les cuestione sus verdades de vida. Si lo vemos con cuidado, en su momento esta fue una de las funciones prácticas de la Santa Inquisición y de procedimientos de censura sistematizados como el *Nihil Obstat*.³⁴

34 *Nihil Obstat*, cuyo significado literal es “nada se opone” o “no hay obstáculo (para imprimir)”, es un mecanismo de revisión de la Iglesia Católica sobre los libros que pueden imprimirse con su venia. Si bien hoy este sistema funciona solo para literatura religiosa (por ejemplo, un libro sobre teología o de interpretación de la Doctrina Social de la Iglesia) durante siglos tuvo un vasto poder de decisión sobre el mundo editorial en general. Además, aquellos libros que se publicaban sin haber pasado por sus censores podían ser revisados y aprobados o prohibidos para los lectores católicos. Aquellos que eran

Como complemento de lo anterior, recordemos que toda construcción discursiva que impone una forma de ver la realidad –incluso contra la lógica y los datos duros– está atravesada por una ideología, ya sea religiosa, política, cultural o social. En su momento, aceptar que el mundo no era el centro inmóvil del universo iba mucho más allá de actualizar un conocimiento a partir de pruebas objetivas: significaba dejar de tomar las sagradas escrituras judeocristianas como descripciones literales, en este caso con respecto a la forma en que estaban organizados los astros, así como a la posición y la importancia de nuestro planeta. Y dar aquel paso, para quienes tenían el poder político y mediático del momento, equivalía a cometer una herejía, o a replantearse por completo la manera en que estaban interpretando ya no solo las escrituras, sino la relación entre estas y la humanidad. En el fondo de todo, estaba implicado un cuestionamiento a nuestra propia identidad, así como al poder mismo de las religiones y su incidencia en el conocimiento general. Por ello, en aras de salvar una ideología, no podía ni debía ser cierto que la Tierra hacía movimientos de rotación y traslación, ni que distara de ser el centro del universo, aunque las evidencias y los argumentos llevaran a tales conclusiones (otro tanto sucedía con temas como la evolución de las especies, teoría por años vetada o “cancelada” en no pocas regiones).³⁵

considerados herejes o no concordantes con la visión del mundo de la Iglesia, se enlistaban en el Index Librorum Prohibitorum. Creado a mediados del siglo XVI, en este índice se incluyeron miles de obras, entre las que destacan algunas pertenecientes a autores medulares para las ciencias, la literatura y el pensamiento occidental, como Nicolás Copérnico, Galileo Galilei, Emmanuel Kant, Juan Jacobo Rousseau, Rene Descartes, David Hume, Honoré de Balzac, Jean-Paul Sartre, Víctor Hugo y un largo etcétera (N. del E.).

35 Aunque podría pensarse que la condena a las ideas de Copérnico, Galileo Galilei o Darwin son cosa del pasado, en algunas regiones podemos encontrar –no sin pasmo– que sigue existiendo una lucha por desterrar, por ejemplo, la teoría de la evolución de los programas de enseñanza formal. Esto sucede

Podría pensarse que, de aquellos años a la fecha, aquel tipo de intransigencias ha desaparecido y, como la sociedad del conocimiento que decimos ser, tenemos la capacidad y apertura para ceder ante las evidencias y los argumentos más razonables, a fin de seguir progresando en nuestra comprensión objetiva del universo, del entorno y de nosotros. Desgraciadamente, eso está lejos de ser cierto: hoy, incluso con el asombroso desarrollo de las ciencias, con sus avanzadas herramientas tecnológicas, su rigurosidad metódica, objetividad, verificabilidad, falsabilidad, reproducibilidad, racionalidad y progresión, el grueso de la sociedad prefiere encumbrar aquellas afirmaciones que le den la razón a sus propias opiniones o, en su caso, aceptar, justificar y adoptar como verdades las sentencias, consignas, eslóganes y hasta los delirios que se reproduzcan viralmente en su contexto mediático y social. Esta preferencia por las falacias “ad populum” y “ad hominem”, por las peticiones de principio y por los sesgos de confirmación³⁶ no son exclusivas de las personas como individuos, sino que también son abrazadas

tanto en países de Oriente como Turquía y Arabia Saudita, como en otros de Occidente, como Estados Unidos (N. del E.).

- 36 *Las falacias ad populum validan una idea no porque tenga razón, sino porque mucha gente la apoya. El erróneo razonamiento de fondo es que tanta gente no puede estar equivocada. Por ejemplo: “Bad Bunny es un gran artista; casi un millón de copias vendidas de sus álbumes lo confirman”. La falacia ad hominem tampoco toma una afirmación ni el argumento que la acompañe como válidos por sí mismos, sino que se juzga su valía a partir de un juicio sobre el emisor de la idea. Por ejemplo, a la afirmación de: “nunca se había alcanzado tal estado de precariedad entre la población”, responder: “tú tienes auto, techo y trabajo; no tienes credenciales para hablar de precariedad en el país”. Una petición de principio se da cuando la conclusión o afirmación que debe ser probada se incluye también como premisa o argumento de prueba. Por ejemplo, sostener que todas las personas pertenecientes a tal género siempre dicen la verdad; por lo tanto, nunca mienten y, por ello, se les debe de creer siempre. Común en los seres humanos, los sesgos confirmatorios se dan por nuestra inclinación a preferir las ideas o afirmaciones que confirmen nuestra postura o prejuicios. En nuestra época, las redes sociales facilitan esta tendencia, de tal suerte que se crean burbujas de opiniones similares; cajas de resonancia que facilitan las polarizaciones y radicalizaciones (N. del E.).*

frecuentemente por instituciones políticas, culturales, informativas e incluso educativas.

Usando estas y otras falacias como una suerte de “caballos de Troya” argumentativos, en nuestra sociedad han logrado insertarse y esparcirse como cáncer afirmaciones que están necrosando nuestra capacidad conjunta para interpretar la realidad (sobre todo la realidad social) así como para practicar una justicia verdaderamente imparcial y equitativa. Tres de estas afirmaciones son las siguientes:

1. Todo es relativo;
2. Todas las opiniones valen lo mismo;
3. Las sensaciones subjetivas con respecto a un hecho son más importantes que el hecho objetivo en sí mismo.

Este sistema mitológico permite que convivan lo mismo teorías e investigaciones que han logrado la creación de tecnologías sin parangón, encontrar curas y vacunas para diversas enfermedades, o calcular con exactitud de qué tamaño es el daño ecológico causado al planeta, que hipótesis conspiracionistas, como la que afirma que Bill Gates orquestó la actual pandemia para establecer un nuevo orden mundial, que las vacunas insertan nanochips para controlarnos, o que las torres de las redes 5-G son las dispersoras del SARS-CoV-2.³⁷

La mitología de la displicencia intelectual, la sobre-relatividad y la posverdad también ha permitido otras extrañas combinaciones; así, mientras la mayoría de empresas e institutos toman sus decisiones de contratación basados –entre otras cosas– en exámenes psicométricos que juzgan la personalidad y el equilibrio mental de los candidatos, simultáneamente se empuja a la aceptación y normalización de disociaciones cognitivas (como por ejemplo el trans-especismo: personas que se

37 *Los tres son ejemplos reales, de amplia difusión en Internet durante 2020 (N. del E.).*

identifican como perros, caballos o integrantes de cualquier otra especie animal no humana), y se rechaza a quien, de buena lid y con una actitud racional, pregunta si no estamos entendiendo mal conceptos como los de pluralidad, empatía y respeto (confundiéndolos justamente con sobre-relatividad, posverdad y subjetivismo).

Lo cierto es que los cuestionamientos caben y pueden estar señalando las costuras o rebabas de este traje llamado “mitología contemporánea”: cabe cuestionarse, por ejemplo, si no es excesivo pedir que se trate como “personas gestantes” (capaces de tener un hijo) a individuos que así se conciben, aunque les sea imposible gestar porque no tienen los órganos requeridos para ello. Cabe preguntarse si no se están promoviendo imposiciones e incomprensiones lingüísticas y biológicas en aquellos centros médicos (en lugares como Gran Bretaña) donde se pide al personal no decir en ninguna circunstancia palabras como “mamá” o “madre”, para evitar la molestia hipotética de quienes, habiendo dado a luz, no se identifiquen como tales. También puede cuestionarse si no han caído en un exceso aquellas universidades anglosajonas donde se prohíbe el uso de cierta bibliografía, porque podría conflictuar sensibilidades ideológicas (¿cuando uno de los fines de la universidad es el confrontamiento racional de las ideas!).

II

Los mitos no son tales para las personas que los creen. Además, siendo generadores de realidad social, así como de normativas y pautas de conducta, los mitos vigentes son también instrumentos de poder. Por eso, incluso aunque logre demostrarse objetivamente que parten de una distorsión parcial o total de la realidad y/o de que están cayendo en deshonestidades e injusticias, quienes han generado o abrazado

mitos (independientemente de cuáles sean) preferirán ignorar o invisibilizar las fallas de su pensamiento, a fin de no hacerle “el caldo gordo a los detractores” o debilitar el músculo de su propia ideología.

Al respecto de la negación u ocultamiento de las fallas, las mentiras y las injusticias emergidas de nuestras propias creencias e ideologías, George Orwell –el célebre escritor de novelas como *La rebelión en la granja* y *1984*, de notoria vigencia en la época en que vivimos– escribió lo siguiente:

[...] es una maniobra tentadora, y yo mismo he recurrido a ella más de una vez, pero es deshonesto. Creo que estaríamos menos tentados a recurrir a ella si no nos olvidáramos de que las ventajas de una mentira son siempre efímeras. ¡Suprimir o colorear la verdad pasa tan a menudo por un deber positivo! Sin embargo, no puede haber progreso alguno que no sobrevenga gracias a un incremento de la información, lo cual requiere una constante destrucción de mitos.³⁸

Si hiciera falta agregar algo a un pensamiento tan claro, podríamos decir que una de las razones por las que es mejor partir de la realidad tal cual se muestra desde la evidencia objetiva y no modificada para que se adapte a nuestras creencias, es que solo entendiendo las verdaderas causas de un problema o atendiendo a las evidencias fácticas con respecto a las características y comportamientos de cualquier entidad o conjunto, podremos diseñar estrategias adecuadas para la resolución de aquel problema o para una afortunada interacción con tal entidad o conjunto. En cambio, que un grupo se aferre a una narrativa sesgada que le da la razón, podrá permitirle mantener (momentáneamente) el monopolio discursivo

38 *La cita fue tomada del anexo “Algunos escritos de George Orwell” que aparecen en el ensayo de Simon Leys George Orwell o el Horror a la Política, publicado en español por Ediciones Acuarela.*

y la fuerza social que haya ganado, pero sus estrategias para generar mejores condiciones de vida o resolver problemáticas estarán destinadas al fracaso, o a la sustitución de alguna injusticia o conflicto por otros (a veces peores que los que deseaba resolver).

En el apartado anterior de este texto, decíamos que actualmente es posible observar una terna de ideas mitológicas que están necrosando nuestra capacidad conjunta para interpretar la realidad: 1. Todo es relativo; 2. Todas las opiniones valen lo mismo; 3. Las sensaciones subjetivas con respecto a un hecho son más importantes que el hecho objetivo en sí mismo. Podría parecer que desde estas afirmaciones no puede surgir algo como la cultura de la cancelación, ni el establecimiento de etiquetas y satanizaciones en racimo a partir del color, el género, la adscripción política o la procedencia geográfica o religiosa de las personas. Sin embargo, este etiquetado y estos juicios *a priori* son visibles en el mundo contemporáneo y entre la misma sociedad que ha consolidado los mitos de la posverdad, la hiper-relatividad y la subjetividad sentimental como primera fuente de conocimiento. ¿Cómo es esto posible? Si lo pensamos con cuidado, la tercera afirmación –aquella que encumbra a la subjetividad sentimental– funciona como un umbral para la descalificación y la cancelación de lo otro: lo que no es o no piensa o no se adapta a lo que uno siente o cree.

Además de ello –o quizás a partir de ello–, nuestras sociedades han erigido en las últimas tres o cuatro décadas lo que podría ser, desde la concepción de Daniele Giglioli, la “máquina mitológica” de nuestra era, y a la que parece estar subsumida cualquier otra mitología vigente: el victimismo. Algo que podríamos entender como la usurpación del lugar de víctimas reales –actuales y de épocas anteriores– para, a partir del uso de sus nombres, su imagen, o el mismo entendimiento positivo que se tiene del concepto de víctima, sacar ventajas sociales e imponer una verdad individual o de grupo por so-

bre las del resto de las personas. Esto porque, en palabras del propio Giglioli, “ser víctima otorga prestigio, exige escucha, promete y fomenta reconocimiento, activa un potente generador de identidad, de derecho, de autoestima. Inmuniza contra cualquier crítica, garantiza la inocencia más allá de toda duda razonable. ¿Cómo podría la víctima ser culpable, o responsable de algo?”³⁹

Siguiendo ese discurso, se hace viable la jerarquización de las opiniones, a partir de la reinterpretación de los postulados que mencionamos arriba, más o menos de la siguiente forma: todas las opiniones valen lo mismo, pero valen más los sentimientos y las sensaciones subjetivas que los hechos (porque, ¿cómo se podría cuestionar que alguien siente lo que dice sentir y qué clase de humano sería quien no mostrara empatía?); además, tendrán mayor importancia los sentimientos y las sensaciones de quien se etiqueta como víctima (y ojo aquí: que hay un abismo entre una víctima real y una persona que se victimiza). Así, aunque todas las opiniones valgan lo mismo, explotar el sentido de culpa –desde un lado– y la necesidad de no ofender –desde el otro– a quien se dice susceptible de ser herido por nuestras palabras (o incluso por las ciencias o la realidad objetiva) nos hará recular y dar la razón a quien se ostente como oprimido. Al respecto, Giglioli comenta que

[...] el dispositivo victimista tiene la palabra sin mediación alguna, está presente para sí mismo y no necesita de verificaciones externas: frente a una víctima real, sabemos en seguida qué sentir y qué pensar. De este estatus se apropia el líder victimista (y a menudo también el líder de las víctimas), transformando, por transferencia analógica, una desventaja en ventaja: ¿cómo podéis debatir acerca de mi dolor, de mi inocencia, de mis prerrogativas? Yo soy irrefutable, estoy por encima de toda crítica, soy dueño y señor

39 Giglioli Daniele (2017), *Crítica de la víctima*, Barcelona, Herder. p. 3.

de vuestra mirada y de vuestras palabras. No tenéis derecho a cualquier tipo de enunciados; solo a los que me son favorables, so pena de degradaros en verdugos.⁴⁰

Para evitar alguna lectura perversa, creo necesario recalcar que ni la crítica de Giglioli ni mucho menos la de esta columna están enfocadas en las víctimas reales de cualquier ley, interacción o suceso interpersonal injusto; sino en quienes –independientemente de sus filias, posturas o procedencias– se apropian del concepto de víctima para sacar réditos e incluso para adueñarse de una estatura moral que no les corresponde y crearse un salvoconducto de protección contra toda crítica y contra toda verdad objetiva que no les guste. En otras palabras: se critica solo a las víctimas imaginarias y al dispositivo mitológico del victimismo.

III

Conscientes de lo delgado que se vuelve el hielo que pisamos ahora, es necesario decir que no existe grupo o comunidad concreta que posea la exclusividad de uso de este mecanismo; muy al contrario, en nuestra época hay una fuerte competencia por la fabricación de víctimas imaginarias o por la cooptación de víctimas reales para su uso (y explotación) con fines políticos: tanto desde la derecha como desde la izquierda, podremos encontrar importantes ejemplos de líderes, ideólogos e individuos diversos intentando imponer su agenda, así como ganar atención, cátedras, espacios, publicaciones, presupuestos o votos –dependiendo del caso–, al asumirse como representantes y defensores de grupos vulnerados o presentándose ellos mismos como víctimas de algo o alguien más.

40 *Giglioli Daniele (2017), Crítica de la víctima, Barcelona, Herder. p.17.*

Esta lucha en el plano discursivo por la apropiación del lugar que corresponde a las víctimas confirma la fuerza del victimismo como dispositivo mitológico y nos deja entrever al mismo tiempo la tergiversación y explotación del mismo concepto de víctima, el cual se toma prestado, se vacía de su sentido original y se rellena con una carga semántica casi antagónica a tal sentido: ya no hay sufrimiento, humillación, debilidad, vergüenza, sumisión, negación de la palabra, tristeza, vulnerabilidad, etc., sino poder, prestigio, reconocimiento, imposición de la voz propia en el espacio público e inmunidad ante la crítica o el cuestionamiento.

Por lo general, esta resemantización del concepto no alcanza a tocar a las víctimas reales: por ejemplo, los 79 millones de desplazados e inmigrantes forzados en el mundo⁴¹ continúan padeciendo terribles vejaciones, así como falta de visibilidad y presencia en la agenda pública; lo mismo podemos decir de las centenas de millones de personas que sufren en silencio de una suerte de esclavitud fáctica, o de las miles de millones de personas invisibles que no tienen acceso a uno o más servicios básicos y que viven en condiciones infrahumanas.

El victimismo contemporáneo resulta perverso no solo porque empuja a la infantilización incluso de sectores con alto nivel de educación y una cómoda posición socioeconómica, seduciéndolos con la idea de que es redituable identificarse ante los demás como seres sufrientes y eternos menores de edad (con muy poca o nula responsabilidad sobre sus propias decisiones, pero con una fuerte necesidad de cuidados por parte

41 De acuerdo con la onu. Véase:



de terceros, quienes siempre serán los culpables de lo que les pase); sino porque coopta el legítimo espacio de visibilización de las personas verdaderamente vulneradas, desviando la atención, los esfuerzos y los recursos que estaban, están o podrían estar destinados a su atención.

Llegados a este punto, es posible preguntarnos cómo distinguir a una persona vulnerada de una que intenta sacar ganancias del río revuelto y de las confusiones que estamos atravesando con respecto a cómo podemos construir una mejor sociedad, con menos desigualdades, violencias e injusticias. Para intentar dar una respuesta, aunque sea de forma indirecta, vale la pena revisar tres pilares del victimismo, de acuerdo con el análisis de Giglioli:

1. “La pugna por el primado del sufrimiento”. En esta lucha se magnifican los términos para hablar de la violencia recibida, así como los adjetivos lastimosos de autorreferencia, con el fin de mostrar que a uno o a la comunidad o grupo propio le ha ido peor que a los demás y que, por lo tanto, merece más atención, recursos, espacios y prebendas. Esta magnificación de términos para hablar de cualquier tipo de violencia trae consigo consecuencias: una es que se acaba poniendo todo en el mismo costal y se pierde así el sentido de gradualidad cuando se desea entender la gravedad de cada hecho violento. Este borramiento de perspectiva termina por abaratar el concepto mismo de violencia y sus derivados; así, desde el victimismo, todo acaba por ser altamente ofensivo, hiriente en extremo e insoportable. La importancia de no perder la jerarquización al analizar hechos violentos, radica en que solo desde la comprensión de la gravedad de cada caso se puede decidir el tipo de sanción o de acción social más pertinente, sin acabar por hacer del remedio algo más ultrajante que el agravio original que se deseaba castigar o resarcir. Por supuesto, el concepto de gradualidad no debe implicar nunca,

bajo ninguna circunstancia, la invisibilización, minimización, ni mucho menos la justificación de forma alguna de violencia.

2. La “heredad” o el hurto de un sufrimiento que no nos corresponde. Al respecto, el escritor italiano expresa que:

[...] la posición de la víctima [imaginaria] se vuelve más chantajista a medida que desaparecen sus titulares efectivos. Generalmente son los descendientes de los muertos o de los sobrevivientes quienes se arrojan un reconocimiento que sus antepasados nunca habrían soñado con demandar. Un reconocimiento obtenido a través de una prestación lógicamente imposible, aunque retóricamente eficaz. ¿Cómo se puede heredar un dolor?⁴²

En este punto es pertinente distanciarnos del pensamiento de Giglioli, porque lo cierto es que sí se puede heredar un dolor. Por ejemplo, si una comunidad fue desplazada de sus tierras hace una, dos o más generaciones y aún hoy vive en un sistema de errancia y pobreza, es claro que se ha heredado un agravio que se sigue padeciendo. El problema no es la heredad, sino la usurpación del dolor ajeno. Esta usurpación es operada por quienes, sin padecer la injusticia y sufrimiento que sí padecieron las víctimas reales, se dicen agraviados y reclaman beneficios económicos, políticos, mediáticos y sociales.

3. La exigencia de impunidad e incensurabilidad. Desde esta exigencia, quien se adjudica el lugar de una víctima blinda su discurso y sus acciones ante cualquier crítica y, en un aterrador giro de tuerca, se convierte en inquisidor y violentador de todo argumento o dato que no le favorezca. Con sumo tino, Giglioli apunta que: “aparte de que la víctima real es incensurable solo respecto a lo que ha padecido y de que el salvoconducto no se extiende a sus actuaciones pasadas y

42 Giglioli Daniele (2017), *Crítica de la víctima*, Barcelona, Herder. p. 22.

futuras, con mucha menos razón tiene derecho a ese salvoconducto quien no es víctima”⁴³.

Aunque las cosas no son blanco y negro, y en las interacciones de cada día los contextos particulares pueden dificultar nuestra manera de interpretar lo que vemos, tener en cuenta estos tres pilares como una suerte de pruebas de verificación podría permitirnos vislumbrar cuando el mecanismo victimista se ha puesto (o lo hemos puesto) en marcha. Reitero: las cosas no son tan sencillas, pero la herramienta puede ser útil para, por lo menos, hacer un esfuerzo por mensurar y poner en su justa dimensión cada probable hecho de injusticia, inequidad o violencia al que nos podamos enfrentar, ya como afectados, ya como testigos.

Desactivar la maquinaria mitológica del victimismo representaría dar un paso de suma utilidad en nuestro camino hacia la construcción de una mejor sociedad, responsable y madura; esto porque nos permitiría identificar cabalmente a las personas y los temas sociales que requieren mayor atención, así como frenar los impulsos de quienes –consciente o inconscientemente– han encontrado una rentable forma de vida en la exigencia de sumisión absoluta hacia sus ideas y agendas, a través de la autoinfantilización o de la usurpación de víctimas y grupos vulnerables.

43 *Giglioli Daniele (2017), Crítica de la víctima, Barcelona, Herder. p. 23.*

SECTARISMOS⁴⁴

A finales de los años 50 y principios de los 60 del siglo pasado, surgió en la región vasca un movimiento separatista, que pronto sería conocido en todo el mundo como ETA (siglas de las palabras euskeras “Euskadi Ta Askatasuna”; es decir: “País Vasco y Libertad”). Ciertamente, su popularidad no se construyó gracias a la solvente oratoria de sus dirigentes y portavoces, sino a la violencia de sus formas: mientras estuvo activo, ETA se decantó por una estrategia de presión que solo podríamos calificar de terrorista: asesinatos y atentados contra diversos objetivos políticos, policiales y civiles, así como secuestros y extorsiones a mansalva incluso (o, más bien, sobre todo) contra la propia gente a la que querían “independizar”: oriundos de la zona vasca en los límites entre España y Francia.

Cuentan los registros que, en la época más sangrienta de este movimiento, ocurrió una migración masiva de 160 mil vascos hacia otras zonas de España y el mundo.⁴⁵ Huelga decir

44 *Columna publicada el 15 de octubre de 2021.*

45 *En 2016 el Poder Legislativo del gobierno español presentó una iniciativa para indemnizar a los desplazados internos que dejó el movimiento de los ETA. Una de las fuentes de la iniciativa era un informe llamado “Proyecto Retorno”, que*

que ETA no solo no logró la independencia o la mejoría en las condiciones sociales de los habitantes de Euzkadi, sino que rompió familias, amistades y empresas prósperas, así como la seguridad y la tranquilidad en aquella región de Europa. Este puñado de datos sirve como escaparate y ejemplo de lo desafortunados, peligrosos e incluso absurdos que pueden llegar a ser los sectarismos; es decir, cualquier “fanatismo e intransigencia en la defensa de una idea o una ideología”.⁴⁶

La palabra “sectarismo” se deriva del sustantivo: “secta”, que se refiere a cualquier doctrina ideológica que haya sido extraída o cortada de un conjunto más amplio. Aunque no se trata de una regla, la experiencia común nos dice que cuando un grupo tiende a seccionarse o sectorizarse de esa forma, lo hace por el endurecimiento o la exacerbación de sus posturas. La misma falta de flexibilidad suele llevar a los sectarios a ver el mundo –en lo referente al tema de su ideología– en blanco y negro. Por ello, comienzan a ubicar a todas las personas que no comparten sus valores e ideas como –dependiendo del caso– traidores, enemigos o seres descarriados a los que hay que convertir y adoctrinar, o eliminar. De la misma forma, considerarán a quienes sí comparten su causa como cófrades a los que se debe preferir y ayudar a toda costa y por encima de los demás.

Los sectarismos existen en temas de religión, género, política, lengua, proveniencia étnica y hasta los hay al interior de

en 2011 había sido publicado por el Instituto Vasco de Criminología. De acuerdo con este informe el número de vascos afectados podía alcanzar el número de 200 mil (N. del E.). Véase:



46 La definición fue tomada del *Diccionario de la Real Academia Española*.

disciplinas académicas y artísticas. Además, pueden darse de manera gradual y presentarse en personas que de ninguna manera podríamos juzgar como extremistas o peligrosas: a veces las personas pueden tener algunas ideas, actitudes o inclinaciones sectarias de manera inconsciente, aunque no lleguen a identificarse con opiniones radicales o endurecidas acerca de quienes no comparten su visión del mundo. Por ejemplo, hay quien cree que está obligado(a) a tener una complicidad, empatía y lealtad absoluta con sus congéneres o correligionarios por el simple hecho de ser sus congéneres o correligionarios, como si compartir género o ideas sobre un tema entrañara inexorablemente una cierta pérdida de voluntad, así como de capacidad para juzgar críticamente lo bueno y lo malo en cada individuo con quien se tiene cercanía. En el mismo tenor –pero un poco más grave– hay quienes sienten que esa complicidad y lealtad para con los suyos es inversamente proporcional a la desconfianza, falta de solidaridad y animadversión que deben sentir contra quienes no comparten su género o no se adhieren a las ideas de su grupo.

Desde esta particular forma de establecer lealtades y empatías, es relativamente fácil caer por una pendiente peligrosa hacia un fondo muy oscuro, consistente en interpretar que es un traidor quien, a pesar de compartir las ideas, religión, género, color o procedencia de uno, es humano, comprensivo y solidario con los del “bando contrario”. Desde tal forma de entender el mundo, se vuelve prácticamente imposible construir espacios de pluralidad e intercomprensión entre todas las personas, porque, ¿cómo podría lograrse la pluralidad y la comprensión ahí donde solo cabe una manera de pensar o donde incluso las características genéticas de cada individuo servirán para marcarlo de por vida, desde un hierro-quemador⁴⁷ injusto y predeterminista?

47 *Dado que pocas personas habitantes de la urbe tienen acercamientos con el léxico propio de la ganadería, me parece necesario comentar que la palabra*

Tal vez de forma natural todas las religiones e ideologías sociopolíticas tengan como una de sus inclinaciones instintivas la imposición de sus ideas y/o su defensa a como dé lugar. Después de todo, sus feligreses o cófrades pueden sentir que lo que está en juego es su misma sobrevivencia y fortalecimiento como colectivo, así como la construcción de un mundo coherente con sus deseos y pensamientos. Pero a pesar de que tal pulsión se encuentre en la naturaleza de cualquier ideología, sus integrantes deben observar que darle rienda suelta siempre acaba generando extremismos, violencia y debacle.

Los nacionalismos llevados al extremo han terminado en represión, violaciones a los derechos humanos y hasta genocidios; las posiciones religiosas empujadas a los límites de la cerrazón y el extremismo han acabado por convalidar la tortura, el asesinato o el terrorismo como métodos aceptables para lograr conversiones o la manutención de dogmas; por su parte, las posiciones radicalizadas de las ideologías contemporáneas también dan muestras de que, lejos de propiciar condiciones para tener un mundo más inclusivo y humano, generan injusticias y actitudes nocivas, análogas a las que desean combatir las posturas más centradas o pragmáticas de sus propios movimientos ideológicos.

Tenemos razones para desconfiar de cualquier actitud sectaria y para advertir sobre el abismo al que se puede caer si se insiste en caminar hacia los extremos. Independientemente de los postulados que uno pueda sostener sobre el mundo o sobre las relaciones sociales, nos conviene entender que el pensamiento (auto)crítico, la solidaridad, la empatía racional –en lugar de aquella otra irracional y selectiva–, y la defensa de los derechos y la dignidad de todas las personas –sin importar su género, religión, color, gustos o procedencia– son

compuesta hierro-quemador (o fierro quemador) se refiere metafóricamente al hierro homónimo con el que son marcadas las cabezas de ganado y los caballos en la grupa, a fin de conocer la ganadería a la que pertenecen (N. del E.).

condiciones necesarias para generar los escenarios de paz y bienestar que todos deseamos. Erradiquemos en nosotros todo pensamiento, palabra o acción sectaria y, en lugar de ello, obliguémonos a buscar el entendimiento con quienes no son o no piensan como uno.

APUNTES SOBRE EL DESCONOCIMIENTO GENERALIZADO DE LAS CIENCIAS EN UN MUNDO DEPENDIENTE DE LAS CIENCIAS⁴⁸

I

*H*ace 26 años, Carl Sagan –el famoso astrofísico y divulgador de la ciencia– publicó un libro intitulado *The Demon-Haunted World* (traducido después al español como *El mundo y sus demonios*). En su introducción, el científico norteamericano advertía lo siguiente:

Hemos preparado una civilización global en la que los elementos más cruciales –el transporte, las comunicaciones

48 *Columna publicada en dos entregas, los días 03 y 10 de septiembre de 2021. Se han editado en esta versión los párrafos originales que servían como puente o guía de conexión entre ambas publicaciones, de tal forma que la lectura fluya aquí como si se tratase de un solo texto. He dividido con los números romanos I y II cada una de las dos entregas, a fin de mantener una marca que recuerde al tratamiento y la división original del texto (N. del E.).*

y todas las demás industrias; la agricultura, la medicina, la educación, el ocio, la protección del medio ambiente, e incluso la institución democrática clave de las elecciones—dependen profundamente de la ciencia y la tecnología. También hemos dispuesto las cosas de modo que nadie entienda la ciencia y la tecnología. Eso es una garantía de desastre. Podríamos seguir así una temporada pero, antes o después, esta mezcla combustible de ignorancia y poder nos explotará en la cara.⁴⁹

Un cuarto de siglo después, la profecía parece concretarse: nos encontramos con el imperio de la posverdad, las *fake news*, la charlatanería, el analfabetismo práctico, la credulidad y la falta de reflexión crítica (sobre todo autocrítica). Incluso y de forma alarmante, en algunas facultades de diversas universidades comienzan a escucharse con fuerza voces de rechazo al método científico o a la búsqueda del conocimiento a través de herramientas y valores como la estadística, la falsabilidad, la lógica, la objetividad y el control de variables; de igual forma, proliferan expresiones de aversión contra estudios de disciplinas como las neurociencias, la genética y la biología evolutiva y comparada, entre otras. Tanto desde aquellos espacios, como desde una ingente cantidad de medios masivos de información y entretenimiento, se insta a las personas a tomar por verdades externas las sensaciones y creencias individuales y colectivas. Si los hechos contradicen las creencias propias o no le dan a uno la razón, tanto peor para los hechos. Si alguien señala la incoherencia, quien se perjudica es él o ella, pues podría ser hasta sometido(a) al escarnio de las masas a través de los nuevos patíbulos: las redes sociales.

Cabe preguntarse quién es responsable de que el poder que nos ha dado la ciencia y la tecnología (por ejemplo, el

49 Sagan Carl (1995), *El Mundo y sus Demonios. La ciencia como luz en la oscuridad. Planeta. p. 35.*

poder para comunicarnos y asociarnos con gente de todo el mundo de manera inmediata, o para producir una inimaginable cantidad de productos y servicios) haya sido utilizado muy pobremente –fuera de la propia comunidad científica– para la generación y divulgación de nuevos conocimientos, o para la búsqueda de soluciones a los graves problemas que nos aquejan; pero muy abundantemente para la promoción de nocivas dinámicas de consumo, así como para la difusión de radicalismos y polarización social. Para Sagan, un porcentaje no menor de esta responsabilidad recaía en el sistema educativo, así como en la falta de comunicación efectiva de las personas dedicadas a la ciencia con el resto de la sociedad.

En cuanto a la falta de comunicación, el también astrobiólogo neoyorkino afirmaba lo siguiente: “Si nos limitamos a mostrar los descubrimientos y productos de la ciencia –no importa lo útiles y hasta inspiradores que puedan ser– sin comunicar su método crítico, ¿cómo puede distinguir el ciudadano medio entre ciencia y pseudociencia? Ambas se presentan como afirmación sin fundamento”.⁵⁰ Si todo parece provenir de la nada o emerger porque sí, como algo incuestionable que no tuvo la necesidad de atravesar por diversas fases de teorización, experimentación y comprobación, se genera una incapacidad generalizada de distinguir los linderos entre las creencias y los hechos, entre las teorías y los dogmas, o entre el trabajo sometido constantemente a comprobación y la charlatanería que exige la adhesión acrítica a su causa.

Sería injusto decir que no hay proyectos, medios y personas dedicadas a la divulgación científica; los hay, y muy buenos, pero son contados. Tan pocos en un espacio actualmente tan saturado de posibilidades de información y entretenimiento masivo, que acaban por ser invisibilizados por completo. Tomando en cuenta lo anterior, creo que el establecimiento

50 *Sagan Carl (1995), El Mundo y sus Demonios. La ciencia como luz en la oscuridad. Planeta. p. 32.*

de puentes comunicativos entre estas dos entidades (comunidad de científicos y tecnólogos y sociedad), debe pasar por la gestión de las empresas periodísticas, comunicativas y de entretenimiento, que, desde el enorme poder que tienen para llegar a prácticamente cualquier rincón del planeta, son corresponsables de la falta de proyección de los espacios para la divulgación del conocimiento (y, sobre todo, de los procesos para llegar a este último).

Con respecto al sistema educativo, cito de nuevo a Sagan porque estoy seguro de que muchos habrán de identificarse en sus palabras:

Me encantaría poder decir que en la escuela elemental, superior o universitaria tuve profesores de ciencias que me inspiraron. Pero por mucho que buceé en mi memoria, no encuentro ninguno. Se trataba de una pura memorización de la tabla periódica de los elementos, palancas y planos inclinados, la fotosíntesis de las plantas verdes y la diferencia entre la antracita y el carbón bituminoso. Pero no había ninguna elevada sensación de maravilla, ninguna indicación de una perspectiva evolutiva, nada sobre ideas erróneas, que todo el mundo había creído ciertas en otras épocas.⁵¹

Todos hemos tenido docentes inspiradores, que no solo conocen bien las materias que imparten, sino que saben comunicar las maravillas de sus áreas de estudio (es probable que hayamos escogido nuestra profesión gracias a alguno de ellos). Pero también es cierto que, en general, se ha privilegiado un sistema educativo que apuesta por la memorización casi automática y la desconexión entre el conocimiento académico, los procesos de investigación científica y la realidad del mundo cotidiano. De ahí que gran parte de la sociedad afirme

51 Sagan Carl (1995), *El Mundo y sus Demonios. La ciencia como luz en la oscuridad. Planeta. p.6.*

—con convencimiento— que les hubiera sido de mucho mayor utilidad haber tenido clases de cocina y bailes de salón, o de cómo hacer tablas de Excel y presentaciones en Power Point, que haber tenido que atravesar durante años por el suplicio de las matemáticas (sobre todo de ramas como el álgebra y la trigonometría), la química, la física o la lógica formal, que no les han servido en su vida cotidiana para gran cosa. No se discute la utilidad actual de saber usar la paquetería de Office, sino la creencia de que las materias mencionadas son inútiles para el ciudadano no especializado, por lo que no debería ni conocerlas.

II

El extraño cruce entre los avances científicos y tecnológicos con el analfabetismo científico generalizado en la población ha permitido, entre otras cosas, el perverso aprovechamiento de los avances tecnológicos para el encumbramiento de la credulidad, el conspiracionismo, la difusión de noticias falsas, las radicalizaciones ideológicas, la imposición de dogmas sociales y el desprecio a la búsqueda objetiva del conocimiento, así como a regir nuestras vidas —como comunidad— de acuerdo con creencias verificables y sustentables, en vez de con narrativas altamente sesgadas, politizadas y polarizadas.

Entre los responsables de este peligroso y paradójico coctel (enormes avances científicos en un mundo científicamente analfabeta), ubicamos al menos dos actores importantes:

Primero, los medios de comunicación. Muchos de ellos parecen haber renunciado a su compromiso con la objetividad y la difusión del conocimiento, dejándose absorber por la seductora pero equivocada premisa del sistema capitalista: estamos aquí por y para el dinero. Desde esta premisa, los contenidos que más venden son los más promocionados, no

importa si son útiles y bien fundamentados o si son chatarra cultural, ideológica e informativa. Si caben dudas sobre qué se vende más y qué es lo más promocionado por los nuevos medios de comunicación y entretenimiento, basta darse una vuelta por la página principal de Youtube (sin introducir nuestra cuenta, para no predeterminar lo que vemos a partir de nuestras preferencias personales), u observar cuáles son los canales y perfiles con más visitas y más promoción en otros sitios, como Instragram y Tik-Tok. En cuanto a los medios tradicionales, una simple ojeada en sus plataformas o en sus impresos nos permitirá notar que los temas sobre conocimiento científico y tecnológico están prácticamente desterrados y que, en general, cuando se incluye algún contenido con estas temáticas, suele tener un abordamiento superficial, poco nutritivo y algunas veces confuso o hasta equivocado en sus afirmaciones.

El otro responsable –directo o indirecto– corresponde al sistema educativo y a la propia comunidad de científicos y tecnólogos. El primero porque ha privilegiado una dinámica de enseñanza-aprendizaje basada en la memorización automatizada de datos, fórmulas y fechas, en lugar de enfocarse en tender puentes para explicar cómo toda nuestra organización social y nuestras actividades diarias están atravesadas por los métodos y el conocimiento obtenido de la investigación científica. Así, en no pocas ocasiones, el sistema educativo funciona como un repelente o una vacuna que adormece la curiosidad innata y el hambre de exploración y aprendizaje práctico que albergan los niños y los jóvenes.

En el mismo tenor, la pequeña comunidad de personas que logró sortear estos escollos durante sus años de formación académica, hoy se encuentra en una burbuja de diálogo entre pares, haciendo prohibitiva para el resto de la sociedad la comprensión de un sinnúmero de temas y descubrimientos fascinantes. En este terrible encapsulamiento tiene mucho que ver la organización administrativa de las instituciones

gubernamentales y académicas, porque han diseñado un sistema de incentivos que se enfoca exclusivamente en premiar la publicación en revistas arbitradas e indexadas, olvidando o incluso menospreciando las labores de educación, difusión y divulgación en espacios no especializados.

De lo anterior puede deducirse que nos hace falta que la comunidad científica integre e incentive como una de sus funciones sustantivas la divulgación y difusión del conocimiento para todos. Si se tiene la impresión de que incluir esta actividad es problemático por un tema de falta de rigor y fiabilidad, donde las revistas especializadas indexadas se ven como rigurosas y los sitios de divulgación se perciben como poco fiables, habría que señalar que se trata de un problema falso, porque es perfectamente posible generar revistas, canales y espacios de divulgación que se guíen bajo lo más altos estándares de rigurosidad académica, aplicando en la selección y aprobación de contenidos las mismas reglas y metodologías que se usan para la aprobación de artículos en revistas especializadas.

En resumen, nos hace falta incentivar la comunicación entre científicos y sociedad, así como plantearnos desde las instituciones educativas un cambio sustancial en nuestras dinámicas de enseñanza: un cambio desde el que verdaderamente se forme a los estudiantes en la comprensión de los métodos científicos, así como en la distinción cabal entre las opiniones y creencias sin sustento, y las afirmaciones fundamentadas, reflexivas, críticas y sujetas a comprobación y refutación que ofrecen las ciencias. También es necesario que los inversionistas y dueños de los grandes medios masivos y redes sociales digitales limiten su aberrante e insostenible codicia, y apuesten por un equilibrio entre sus ganancias económicas y el bienestar de la población. Como esto tal vez no ocurra sin intervención de los gobiernos, no deberíamos descartar la legislación de contenidos, no con fines prohibitivos o de censura, sino de empuje y promoción del trabajo de científicos e

instituciones educativas. Pienso, solo por dar un ejemplo rápido, en establecer un tiempo, un espacio y una promoción obligatoria de canales de divulgación de la ciencia en la página principal de Youtube, de tal forma que los usuarios puedan ver de forma permanente qué oferta hay disponible con respecto a este tipo de contenidos.

En cuanto a los medios tradicionales, muchos deben renovar su compromiso con la objetividad, la comprobación de los datos que publican y la veracidad. Tengamos cuidado aquí, que objetividad no significa dar el mismo tiempo y proyección a un negacionista del cambio climático que a un estudio que muestra con pruebas los estragos de la elevación de la temperatura en el planeta: objetividad, en este caso, es cerrar la puerta al negacionista y no darle proyección, porque está divulgando afirmaciones y creencias que no tienen sustento y cuya promoción hace un enorme daño a la población. Lo mismo puede decirse de otros temas medioambientales, sanitarios, políticos y sociales, donde prevalece la introducción de datos erróneos o engañosos, así como de adoctrinamientos basados en narrativas tendenciosas, dogmáticas o mal sustentadas. Legislar con respecto al uso del espacio mediático común es muy delicado y se debe tener mucho cuidado para no coartar la libertad de expresión de nadie; sin embargo, es necesario comenzar a plantear estas cuestiones, porque es innegable que la desinformación, las *fake news*, los dogmatismos, las radicalizaciones y la posverdad están haciendo imperio, y eso le está costando muy caro a la sociedad.

¿ESTÁN FRACASANDO LOS SISTEMAS EDUCATIVOS DE OCCIDENTE?⁵²

*H*ace cinco años, la Federación Nacional de los Colegios de Médicos Cirujanos y Odontólogos de Italia tomó la decisión de imponer sanciones a los médicos que recomendaban a la población no vacunar a sus hijos⁵³. Entre los castigos, se preveía incluso la revocación de sus licencias profesionales. En ese momento, las medidas punitivas buscaban desesperadamente hacer frente a los movimientos antivacunas, gracias a los cuales se habían disparado los contagios de enfermedades como el Sarampión, otrora virtualmente erradicada en aquel país. Para 2017, el número de contagiados de

52 *Columna publicada el 17 de septiembre de 2021.*

53 *Véase:*



esta enfermedad ascendía a cinco mil personas en Italia y más de 21 mil en Europa. Meses después, habría importantes brotes de esta enfermedad en países del continente americano.⁵⁴

Con la vacuna contra el Coronavirus la historia parece repetirse. De nueva cuenta, las autoridades italianas han decidido suspender al personal del sector salud que se ha negado a vacunarse contra el SARS-CoV-2, por ponerse en riesgo a ellos mismos y a la población en general.⁵⁵ Italia no es el único país donde gente con estudios de nivel superior ha abrazado –con una mezcla de credulidad, ignorancia y paranoia– una postura abiertamente en contra de la vacunación contra la Covid-19. En Francia, por ejemplo, a inicios de 2021 un porcentaje muy elevado de sus ciudadanos se mostraba renuente a aplicarse la vacuna, mientras que páginas conspiracionistas en Facebook –donde abordaban específicamente este tema– lograban alcanzar hasta cuatro millones de seguidores (cerca del 7% de

54 Véase:



55 Véase:



y



toda la población de Francia).⁵⁶ Por su parte, Estados Unidos y algunos países de América Latina también se destacaron porque incluso sus mismos dirigentes llegaron a desestimar, en su momento, tanto la enfermedad como las recomendaciones de la OMS para reducir el número de contagios.

La postura con respecto al tema de las vacunas es solamente una de las caras visibles de un mal mucho más profundo y cuyas expresiones están emergiendo con profusión, a través de los conspiracionismos, las radicalizaciones ideológicas y la posverdad. En diversos espacios⁵⁷ hemos abordado el tema del enorme distanciamiento entre las ciencias y la población, y sugerimos que es precisamente esta falta de comunicación una de las mayores causas de la sobre-relativización y la equiparación impune entre hechos y creencias, entre tesis fundamentadas y opiniones sin sustento, y entre la búsqueda genuina del conocimiento y la lucha por imponer narrativas doctrinarias sobre el entorno y las relaciones interpersonales.

Millones de personas que promueven este culto a la subjetividad, el relativismo absoluto y los radicalismos cuentan con título técnico o universitario (en los países de la OCDE, el promedio de la población de 25 a 64 años con estudios superio-

56 Véase:



57 *Un buen ejemplo, aunque no el único, son las columnas publicadas el 03 y el 10 de septiembre de 2021, bajo el título de "Apuntes sobre el desconocimiento generalizado de las ciencias en un mundo dependiente de las ciencias" e incluidas en este mismo libro (N. del E.).*

res es de 38%)⁵⁸ y decenas de millones más tienen al menos 10 años de educación formal (tan solo en México, que no es una de las naciones con mejor nivel educativo, el promedio es de 9.7 años de educación académica por adulto).⁵⁹ Esto muestra que el divorcio entre las ciencias y la población o, más específicamente, entre el pensamiento común de la ciudadanía y el pensamiento generado por los métodos científicos, no se debe a la falta de estudios.

A la luz de lo anterior, cabe cuestionarse seriamente sobre la calidad, la rigurosidad y los objetivos del sistema educativo en Occidente. Y cabe también preguntarnos si dicho sistema no está fracasando, cuando ciudadanos con tantos años de formación académica a costas (porque incluso un promedio de diez años ya es considerable) resultan objetivamente incompetentes al momento de distinguir entre deseo y realidad, entre dogma y dato duro, o entre la expresión de sensaciones absolutamente personales y la expresión de afirmaciones respaldadas por un riguroso trabajo de investigación, razonamiento lógico o experimentación.

Este fracaso no deviene de la incapacidad intrínseca de nuestras instituciones de transmitir a los estudiantes todo el conocimiento generado en el mundo, porque esta es una labor

58 Véase:



y



59 Véase:



humanamente imposible: es tal la velocidad y exponencialidad con la que se multiplica el conocimiento en nuestros días, que no habría persona a la que le alcanzara la vida para ponerse al corriente de todo lo que sabemos en conjunto. El fracaso radica más bien en la incapacidad de generar y ejercitar en los estudiantes un pensamiento crítico, reflexivo, riguroso, lógico y analítico; en haber dejado de lado el camino del razonamiento como forma de llegar al conocimiento y en haber permitido que muchos de sus egresados ignoren parcial o totalmente las bases, los métodos y los procesos utilizados por las ciencias y la filosofía (métodos y procesos que, entre otras cosas, nos han permitido aumentar nuestra esperanza de vida, mejorar vertiginosamente nuestras oportunidades de comunicación y desplazamiento, o establecer notables documentos y normativas enfocadas al establecimiento y la defensa de los derechos humanos).

Al privilegiar en nuestros centros educativos la memorización vacía y la repetición automática de datos, fórmulas, leyes, consignas y efemérides, abdicamos en la enseñanza del pensamiento racional y el cuestionamiento, mientras ofrecemos simultáneamente casi nulas oportunidades de mostrar a los estudiantes por qué los postulados y los métodos de las ciencias son hasta ahora las vías más fiables que tenemos para poder conocer (o al menos aproximarnos a) la realidad objetiva. Al fallar en esta tarea, hemos creado las condiciones para el surgimiento del raro y paradójico espectáculo del que hoy somos testigos: vivimos en un momento sin parangón en la historia de las ciencias y el desarrollo tecnológico, mientras amplios sectores de la sociedad son incapaces de distinguir las diferencias entre un dogma, una opinión y una afirmación debidamente fundamentada.

Dar un golpe de timón en este tema, en aras de generar una sociedad que erradique de su cotidianidad las *fake news*, los dogmas ideológicos y la posverdad, requeriría de un serio

replanteamiento de nuestras dinámicas de enseñanza aprendizaje, desde la educación básica hasta los niveles superiores. Desgraciadamente, cada vez es mayor el número de centros educativos que bregan en una dirección contraria a la aquí sugerida: por ejemplo, en las universidades anglosajonas es cada vez más común saber de casos de acoso, cancelación y separación de catedráticos(as), cuyas “graves faltas” fueron promover el análisis profundo y la argumentación en temas que hoy se ven como tabúes, incorrecciones políticas o campos minados.⁶⁰ Cuando lejos de promover la búsqueda de la verdad o del conocimiento disponible en cada tema, se ejercen métodos de coerción para evitar que se desmonten falacias o se hieran susceptibilidades, lo que se obtiene es la generación de temor, silencio y un nocivo alejamiento de la razón y el conocimiento. ¿Qué le espera a la sociedad de seguir este camino?

Las instituciones educativas debemos recordar que nuestro compromiso es con el desarrollo de las habilidades cognitivas de nuestros estudiantes, de tal manera que podamos construir en conjunto conocimientos objetivos con respecto a la realidad que nos circunda. Nos debemos a la búsqueda permanente de la verdad (aunque pueda resultar imposible llegar a algo tan contundente como ello, el objetivo es seguir intentando), y no a la validación de modas políticas, ideológicas o discursivas. De la búsqueda honesta del conocimiento y el apego a la mayor objetividad posible, es más factible obtener sociedades sanas, respetuosas, democráticas y equitativas, que si en cambio optamos por dar gusto a las creencias y las coyunturas políticas de cada momento.

60 *Para conocer algunos ejemplos, remítase a la nota al pie #6 de este libro.*

CIENCIA PARA LA PAZ Y EL DESARROLLO⁶¹

*L*os seres humanos tenemos una extraordinaria capacidad para observar nuestro entorno, aprender cómo funciona y aprovecharlo para nuestro beneficio o para el cumplimiento de cualquier meta que nos hayamos puesto. La investigación científica es uno de los puntos más altos –quizás el culmen– del desarrollo de esta capacidad. Gracias a la sistematización y especialización de nuestros métodos para desentrañar y aprovechar las características de los objetos, entidades y fenómenos que nos rodean, hemos logrado hacer cosas tan espectaculares como viajar al espacio, trasladar cantidades industriales de información en tan solo unos segundos sin importar la distancia, contener enfermedades otrora mortales, o duplicar –solo en los últimos 200 años– la esperanza de vida promedio.

Los beneficios de la ciencia son incontables, pero también son considerables algunos problemas indirectos que nos ha traído, así como sus aplicaciones perversas o, por lo menos, irresponsables. Por ejemplo, las revoluciones industriales y tecnológicas –combinadas con la sobrepoblación y la exacerbación del sistema económico que rige a la mayoría de los

61 *Columna publicada el 26 de noviembre de 2021.*

países– han traído consigo enormes problemáticas medioambientales, no solo de contaminación, sino de sobreexplotación de los recursos naturales disponibles; asimismo, son muchos los ejemplos de las investigaciones científicas financiadas por gobiernos y empresas cuyo objetivo es el desarrollo de armas letales más efectivas.

Con lo anterior no queremos sugerir que la ciencia –cuyo objetivo es la generación de conocimientos– pueda ser mala. Lo que afirmamos es que sus aplicaciones no siempre son las más adecuadas y a veces son muy dañinas, ya sea por efectos colaterales o porque se buscó específicamente que así fueran. El aumento en la gravedad de los problemas derivados de nuestro desarrollo urbano, industrial, tecnológico y armamentístico es un tema que debemos abordar con mayor urgencia y determinación, porque está provocando simultáneamente el deterioro de la vida natural en el planeta, la extinción de alrededor de 10 mil especies de animales cada año,⁶² así como la reducción de nuestras posibilidades de sobrevivencia colectiva.

Responder a esta problemática requiere la transformación de nuestra antropocentrista forma de pensar con respecto al lugar que ocupamos y el papel que cumplimos en el mundo (del que nos creemos sus dueños), así como el ajuste de las leyes para la regulación en nuestros sistemas de producción y distribución de bienes y servicios. Por supuesto, también requiere que las naciones se comprometan a buscar a toda costa la resolución de sus conflictos por la vía del diálogo y la negociación, por encima del uso de las armas.

62 *No hay un consenso sobre el número de especies animales que se pierden anualmente y se decidió tomar una cifra más bien conservadora: esta fue dada durante 2019 por el Fondo Mundial para la Naturaleza y retomada por diarios como el de la BBC. Sin embargo, diversas instituciones y medios hablan de números bastante más graves. Por ejemplo, en la Gaceta de la UNAM publicada en la web el 03 de octubre de 2021 se hablaba de un rango que podía ir de las 15 mil a las 60 mil especies perdidas por año (N. del E.).*

Además de lo anterior, tenemos que impulsar con mayor decisión el perfilamiento de las ciencias y, sobre todo, de sus aplicaciones, hacia estudios e innovaciones que nos permitan deshacer los problemas que nosotros mismos hemos generado. En este sentido, debemos volcarnos en el desarrollo de mecanismos eficientes y económicos para la generación de energías limpias, o para la producción y distribución de alimentos y servicios con una huella ecológica mucho menor a la que estamos dejando.⁶³ Paradójicamente, quienes suelen fallar más en este tema son los países con mayor inversión en ciencia y tecnología –como Estados Unidos o Japón–, lo que revela una mala gestión o aplicación de sus descubrimientos, el desprecio tácito a las investigaciones que no les reportan dividendos, o el sometimiento del hacer científico a los intereses económicos de grandes corporativos.

La ciencia ha demostrado ser capaz de encontrar soluciones efectivas para nuestros problemas de salud, de producción alimenticia y de comunicación y movilidad. También desde diversos campos de investigación especializada han surgido estrategias y herramientas útiles para combatir el cambio climático y para reducir carencias y diversas brechas de desigualdad en el planeta. Por ello, con o contra los intereses de los grandes corporativos y de algunos gobiernos, nuestra apuesta debe ser por el impulso de la ciencia con un enfoque que busque nuestro desarrollo de manera equilibrada, sostenible y respetuosa con la naturaleza.

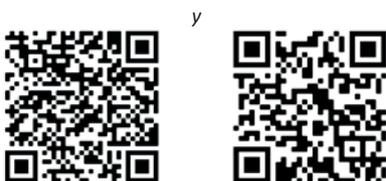
Del 10 al 17 de noviembre (de 2021), los países que integran la Organización de las Naciones Unidas celebraron la Semana Internacional de la Ciencia y la Paz. A las instituciones educativas de nivel superior, así como a los centros de

63 *Recordemos que la huella ecológica es un concepto con el que medimos los recursos naturales que se usan anualmente en cada persona, tanto para la producción de lo que consume, como para la absorción de sus desechos (Nota original del autor).*

investigación públicos y privados, nos conviene no perder de vista los objetivos por los que se llevan a cabo este tipo de fechas conmemorativas, a fin de repasar el enfoque de nuestro trabajo, de tal manera que siempre coincida con lineamientos apegados a la ética, el respeto, la paz y la sustentabilidad. Por supuesto, los esfuerzos de reflexión y ajuste de políticas o planes de desarrollo científico deben ser continuos, más allá de la atención focalizada que se nos propone a través de las efemérides oficiales.

Por su parte, la ciudadanía también tiene la oportunidad y la responsabilidad de ser partícipe proactiva en la tarea de utilizar los frutos de las ciencias y las tecnologías de manera ética, justa y amigable con el entorno. Si nos preguntamos qué podemos hacer como ciudadanos, podemos comenzar por hacer conciencia de nuestra huella ecológica y buscando información para profundizar sobre los temas aquí mencionados.⁶⁴

64 *Para tales efectos, puede darse un primer paso ingresando a sitios como los que a continuación se ofrecen, a manera de ejemplo:*



JUSTICIA SOCIAL
Y OTRAS MATERIAS
PENDIENTES

CAMBIO CLIMÁTICO Y NEGACIONISMO⁶⁵

El lunes 02 de agosto de 2021, la Organización de las Naciones Unidas presentó un nuevo Informe sobre el Cambio Climático.⁶⁶ En él se demuestra la innegable responsabilidad que tiene nuestra especie con respecto al peligroso aumento en la temperatura del orbe los últimos 150 años. Además se advierte que, a juzgar por nuestras dinámicas de producción, de movilidad y de consumo, los siguientes 20 años será posible que esta elevación llegue a ser de 1,5° centígrados. Esto resultaría devastador para los ecosistemas de la Tierra: podrían extinguirse miles de especies animales y vegetales, y la supervivencia de miles de millones de personas se vería comprometida, tanto por la escasez de recursos esenciales, como por la multiplicación de las catástrofes naturales y la aparición de nuevas enfermedades.

65 *Columna publicada el 13 de agosto de 2021.*

66 *Véase:*



Las predicciones de este informe suenan tan apocalípticas y desesperanzadoras, que fácilmente podrían provocar en no pocos (incluyendo, por desgracia, a muchos líderes del mundo) una reacción instintiva de defensa, muy propia de los seres humanos: la desestimación o la franca negación. “Son exageraciones” –se dirá– “tal vez estemos mal pero no es para tanto”; “el cambio climático es un invento”. También habrá ciudades y naciones que no se pronuncien al respecto, pero cuyas políticas energéticas dejen claro cuál es su postura.

Gracias a diversos estudios sobre la psicología humana, hoy se sabe que ante situaciones negativas de alto impacto emocional, habitualmente ocurre un proceso que comienza con la negación, atraviesa otros estadios y culmina al llegar a la aceptación de aquello que en principio no se quería ver. Esta última parte del proceso es en realidad el punto de partida –desde el que se tiene la voluntad, las fuerzas y el conocimiento– para iniciar una transformación personal (o colectiva) de efecto positivo. Justamente por ello, porque se requiere de la aceptación explícita de un problema para poder enfrentarlo, en los grupos de Alcohólicos Anónimos se les pide como primer requisito, a quienes se acercan por primera vez a sus centros, que acepten verbalmente su enfermedad de alcoholismo, porque mientras nieguen que tienen este problema o lo desestimen con eufemismos y explicaciones atenuantes, no podrán iniciar con su recuperación (¿quién se cura de una enfermedad que no tiene?).

Se entiende que cuando el evento traumático es la muerte de un ser querido o un rompimiento amoroso, no se debe forzar la velocidad con que se llega a la aceptación: cada quien lleva un proceso distinto, que requerirá de más o menos tiempo para lograr la sanación. Por otro lado, cuando el evento que nos negamos a ver está directamente relacionado con la salud o la seguridad de otras personas, no nos podemos permitir perder el tiempo. Mucho menos cuando el problema es, más

que de orden afectivo, de carácter político (entendiendo aquí la política como el arte de vivir en sociedad; de administrar las cosas públicas). En el caso del duelo por una relación o un ser amado, la lentitud llega a ser incluso necesaria (como necesario es el proceso de cicatrización de la piel cuando ha sufrido una herida). Por su parte, la lentitud para aceptar un problema social relacionado con la administración pública generalmente es una muestra de ineptitud y necedad, que tiene consecuencias de diversa gravedad y que debe de evitarse a toda costa.

Puesto lo anterior sobre el papel se lee hasta obvio; como un apunte innecesario. La racionalidad y el cientificismo que distingue a nuestra época no nos permitiría, ni como administradores públicos ni como ciudadanos, volvernos ciegos ante las evidencias sobre actitudes o situaciones que necesariamente acarrearán efectos nocivos para la población o para el entorno. ¿Quién podría negar la eficacia de las vacunas en pleno siglo XXI? ¿Quién podría ver que una a una las naciones vecinas van cayendo presas de un nuevo patógeno contagioso y pensar que la enfermedad respetará el territorio propio? ¿Quién –frente a las evidencias– tendría cara para decir que no hay preocupantes señales de alerta en el comportamiento de la naturaleza? Si se explica la ironía, deja de ser tal. Pero aquí vale la pena el sacrificio:

En los últimos siete u ocho años, los movimientos anti-vacunas en Italia y otros países de Europa, impulsados por organizaciones civiles, políticas y ciudadanos (entre los que se contaban incluso médicos, políticos y administradores públicos) provocaron la emergencia de brotes graves de enfermedades otrora controladas, como el Sarampión. El movimiento se replicó en países vanguardistas en temas de ciencia y medicina, como Estados Unidos.⁶⁷ Lejos de extinguirse ante las enfermedades y muertes que han ocasionado, estos grupos siguen de pie y ganando adeptos (por cierto,

67 Véanse notas al pie #53 y #54 dentro de este libro.

en México hay abyectos colectivos como “Mexicanos por la verdad”, que luchan por convencer a la gente de que no use cubrebocas ni se vacune contra la Covid-19).⁶⁸

A finales de 2019 y principios de 2020, todas las naciones observamos con vergonzosa displicencia la vertiginosa expansión de una enfermedad contagiosa, que semana tras semana iba ganando nuevos territorios en el mundo, provocando hospitalizaciones masivas y muertes inexplicables. Incluso ya con casos confirmados por las autoridades de salubridad en cada país, se decidía no tomar ninguna medida de control y prevención. Conocemos bien la historia porque hoy el mundo entero sigue sufriendo las consecuencias: la aceptación del problema vino, nación tras nación, cuando ya era demasiado tarde.

En 2017, el gobierno norteamericano, entonces liderado por Donald Trump, se retiró del Acuerdo de París Contra el Cambio Climático, arguyendo que no existía ninguna amenaza medioambiental en este sentido.⁶⁹ De forma paralela, decenas de países que signaron el acuerdo, en la práctica han decidido ignorar los compromisos y recomendaciones de este documento.

Se entiende que no es fácil cambiar la estructura o las dinámicas de todo un país, en aras de convertirlo en ecológicamente sustentable o “amigable con el medio ambiente”.

68 Véase:



69 Véase:



Sin embargo, optar por negar el problema o aceptarlo y no hacer nada ya no pueden ser opciones a seguir. Como con el Coronavirus, en el tema del cambio climático hemos tenido la oportunidad de prever las consecuencias que se avecinan si no damos un golpe de timón; ojalá que, como con el Coronavirus, en unos años no terminemos lamentándonos por no haber actuado a tiempo.

A manera de colofón, un dato curioso: desde hace varios años, diversos epidemiólogos habían estado advirtiendo que nuestras dinámicas de invasión, explotación y devastación de las zonas naturales eventualmente provocarían, además de los consabidos problemas ecológicos, la aparición de enfermedades con alto potencial para alcanzar el grado de pandémicas. La Covid-19 es en parte una consecuencia de tales dinámicas. El temor de nuevos virus y epidemias no ha perdido su vigencia.

TRAGEDIA E IRONÍA⁷⁰

Una característica notable en algunas narraciones trágicas (o revestidas de tragedia) es el marco irónico en el que ocurren los eventos más amargos. Conocemos la historia de Edipo: un hombre que huye de su tierra para escapar a su Destino, que era ser el asesino de su propio padre. En el camino tiene una disputa con unos desconocidos a quienes acaba matando; entre ellos estaba su verdadero padre, que se había desecho de Edipo cuando este era pequeño justo para huir del mismo fatal Destino que, para desgracia de ambos, se acabó cumpliendo. Conocemos también la carga de ironía perceptible en las muertes de Romeo y Julieta, en la obra homónima del Bardo de Avon.

Dando un salto hacia atrás, tampoco están exentas de ciertas formas de irónica crueldad las resoluciones divinas que encontramos en algunas narraciones de las *Metamorfosis* contadas por Ovidio. Solo por mencionar una, recordemos la leyenda de Dafne, quien huyendo de Apolo –que la perseguía para desposarla por la fuerza– pidió ayuda al dios Ladón y a este no se le ocurrió mejor cosa que convertirla en un árbol de laurel. Apolo hizo del laurel su planta predilecta, quedando

70 Columna publicada el 20 de agosto de 2021.

desde entonces como un símbolo de la victoria. ¿Victoria de quién? La ironía se cifra ahí, porque viendo las cosas con calma, no hubo verdaderos ganadores en esa historia.

A veces hay temas cuya crudeza parece exigir, para hablar de ellos, alguna introducción atenuante. Este es el caso ahora. Hablar del marco irónico de narraciones que configuraron nuestras culturas, o de casos especialmente ejemplificativos como el de la historia de cómo el laurel se transformó en un cuestionable símbolo de la victoria, no son aquí otra cosa que la introducción amable para un breve comentario sobre la terrible realidad que se está viviendo en Afganistán en estos momentos;⁷¹ situación en la que –al igual que en la leyenda grecolatina– no parece haber ganadores reales: Estados Unidos se retira sin haber logrado la paz ni la estabilidad ofrecida, quedando una vez más como un país de muy dudosas intenciones en temas de ayuda e intervención internacional; el gobierno afgano se ha disuelto de forma vertiginosa (incluso su presidente se ha esfumado) ante el temor de represalias de los talibanes; la población ha quedado a merced de fundamentalistas religiosos que ahora impondrán su ley a sangre y fuego y, dentro de la población, las mujeres se enfrentan al terror de ser tratadas como una suerte de esclavas sin derechos y a disposición de los varones; los talibanes, ellos “ganan” a su Dafne: un simbólico laurel para coronarse la cabeza.

71 *Después de una ocupación militar estadounidense que duró 20 años y que tuvo su comienzo meses después del ataque terrorista de Al-Qaeda al país americano el 11 de septiembre de 2001, el presidente Joe Biden dio la orden a sus tropas de evacuar Afganistán. En este contexto, las fuerzas talibanes (conocidas por su extremismo) han aprovechado para regresar al poder, derrocando al gobierno que –casi con alfileres– Estados Unidos había sostenido en el país oriental. El retorno de los talibanes al poder –acostumbrados a violar sistemáticamente los derechos de diversos grupos, así como a gobernar desde la violencia– ha provocado el intento de huida de miles de ciudadanos no simpatizantes con aquel régimen, así como la pérdida automática de oportunidades de educación, trabajo y desarrollo en ciertos sectores poblacionales, como por ejemplo el compuesto por las mujeres (N. del E.).*

El bordado fino que lastimosamente enmarca esta historia se cifra en la siguiente ironía: acaba de celebrarse el “Día Mundial de la Asistencia Humanitaria”, y estamos por celebrar el “Día Internacional de Conmemoración y Homenaje a las Víctimas del Terrorismo”, así como el “Día de Conmemoración de las Víctimas de los Actos de Violencia Basados en la Religión o las Creencias” (las tres efemérides propuestas y validadas en la Organización de las Naciones Unidas).⁷² Sabe amarga y cruel la palabra “conmemoración” en esos enunciados, cuando sabemos que sigue creciendo el número de personas que son privadas de sus derechos, que son torturadas o que son asesinadas por actos basados en la religión o en –mucho ojo– las creencias (que pueden ser políticas o ideológicas de cualquier tipo y que no ocurren exclusivamente en regímenes totalitarios orientales).

Si ya es semánticamente inconsecuente hablar de la memoria o la conmemoración de algo que sigue ocurriendo, resulta además vergonzoso que ese algo aún vigente sea el sufrimiento de personas víctimas de violencia. Hoy, mientras se nos propone internacionalmente la terna de efemérides citadas (dos de ellas conmemorativas), nos descubrimos a la par como espectadores de escenas de desesperación y gritos de auxilio de una nación entera, que ha sido abandonada a la imposición de un esquema de vida retrógrado y contrario a los derechos humanos. Es cierto: a nosotros no nos es posible hacer prácticamente nada al respecto, ni como ciudadanos, ni como país. Por ello nos queda la sensación de desasosiego y el muy amargo sabor de la ironía con que se entrecruzan, en nuestros medios informativos, las notas sobre la imposición del régimen talibán en territorio afgano y la celebración de fechas internacionales como el “Día de Conmemoración de las

72 *Y las tres celebraciones o conmemoraciones ocurren en un marco temporal de menos de una semana (N. del E.).*

Víctimas de los Actos de Violencia Basados en la Religión o las Creencias”.

Imposibilitados para intervenir y, en este caso, orillados a ver a través de una pantalla aberraciones sistemáticas contra la dignidad que suceden al otro lado del mundo, tal vez solo nos queda tomar la triste situación que se da allá como contraste de lo que hemos alcanzado acá, mediante la organización democrática y la consolidación de los derechos humanos. En algunas ocasiones, tal vez por falta de referentes o por habernos encerrado en narrativas sesgadas, sectarias y maniqueas, caemos en la satanización de las condiciones de vida que tenemos y convertimos en terribles y feroces gigantes a inmóviles molinos de viento. Es cierto que individual y comunitariamente tenemos bastante camino para mejorar; pero también lo es que el trazo que han seguido nuestras instituciones es positivo y que como sociedad hemos crecido mucho. Salvo para contados y lamentables casos –como por ejemplo el de nuestras comunidades indígenas– se ha avanzado muy notablemente en materia de derechos, de equidad y de educación.

No dejemos entonces de observar y modificar lo que necesite ser modificado, pero abandonemos posicionamientos radicales y absurdas generalizaciones. En el terrible contraste que nos da la situación que hoy se vive en Afganistán, entendamos que en donde vivimos la sociedad como conjunto está actuando de buena voluntad. Finalmente, más que conmemorar a las víctimas de violencias religiosas, políticas e ideológicas, pidamos que acaben esos tipos de violencia, para que ninguna persona –en Oriente u Occidente– sea agredida o forzada a vivir en situaciones poco dignas o francamente aberrantes.

DESPLAZADOS Y REFUGIADOS: LA TERRIBLE COTIDIANIDAD DE CASI CIEN MILLONES DE PERSONAS⁷³

*D*e acuerdo con datos de la ONU, cada minuto 24 personas abandonan sus casas e incluso a sus familias, huyendo de guerras, persecuciones y violencia de carácter no doméstico. Actualmente, el número de desplazados en el orbe supera los 79 millones.⁷⁴ Para hacernos un retrato de lo que esto significa, más allá de la frialdad de los números, hagamos el ejercicio de imaginar que las poblaciones enteras de Canadá y de Argentina juntas se vieran obligadas a huir repentinamente de sus respectivos países. Tal vez desde la fortuna de nuestro contexto cotidiano, solo podríamos pensar en un

73 *Columna publicada el 25 de junio de 2021.*

74 *Véase:*



éxodo de tal calibre recordando escenarios apocalípticos que hemos visto en películas hollywoodenses.

Más allá de la ficción, nos puede resultar inconcebible que un número comparable a 55 veces la población del estado de Aguascalientes hoy se encuentre en un exilio forzado, en el que impera la inestabilidad, así como la insuficiencia de condiciones para una vida digna. Con todo lo aberrante, angustiosa y casi surrealista que pueda parecernos esta imagen, se trata de una “normalidad” paralela, que está ocurriendo ahora mismo en muchas ciudades y países. Es preocupante que, o bien no tengamos la suficiente conciencia de que este grave atropello es la cotidianidad que enfrentan tantas personas, o bien que lo sepamos, pero hayamos perdido en conjunto la capacidad de conmovernos y sentir la necesidad de tomar cartas en el asunto.

En el primer hipotético caso (es decir: que ni siquiera tuviéramos información de esta realidad y/o que hasta el día de hoy supiéramos de la magnitud del fenómeno), tendrían que preocuparnos las decisiones editoriales de los medios masivos de comunicación y los algoritmos de las redes sociales que, hasta cierto punto, están intentando “protegernos” de aquello que pudiera resultar incómodo para la tranquilidad de nuestras conciencias. Está probado que la capacidad de las tecnologías de comunicación es de tal envergadura que bastan segundos para enterarnos sobre lo que sucede en cualquier parte del orbe y, sin embargo, lo que llega hasta nosotros puede estar filtrando y editando, de tal forma que tenemos una exposición informativa infinitamente mayor en lo referente a los memes de moda, las prohibiciones de China al Bitcoin, los resultados de la Fórmula 1 o la Eurocopa y los chismes más recientes de las Kardashian, que de los problemas medulares de la humanidad.

En este marco, la banalización de las redes y de muchos medios sería uno de los principales componentes que estarían facilitando el aletargamiento ético y humanista que vivimos. Problema este último que creemos subsanar con “campanas

de sofá” o “quedabien” en redes, que suelen consistir en acciones inocuas y de dudoso beneficio para las víctimas y personas vulneradas.

La otra posibilidad desde la que explicaríamos que el conflicto de los desplazados en el mundo no aparezca en nuestro radar, es que se nos ha formado una costra de indiferencia con respecto a la recepción de malas noticias o de hechos que nos hacen sentir angustia, indignación o tristeza. En este caso, el problema no estaría centrado en la falta de información, sino más bien en los mecanismos que hemos generado para evitar sensaciones de preocupación, impotencia y malestar.

Creo que se trata de una entendible –aunque no deseable– estrategia de protección personal. Entendible porque resulta sumamente agotador para nuestro organismo vivir segregando todo el tiempo sustancias que nos produzcan angustia, temor, indignación o inseguridad. Además, estamos “programados” para integrar, automatizar y normalizar las situaciones y la información a la que nos exponemos de manera constante (esa es una de las razones por las que hoy sentimos mucho menos temor de exponernos a la Covid-19, que los primeros días de confinamiento, cuando los contagios y las muertes apenas se contaban por centenas). Si a lo dicho le sumamos la sensación de que, de cualquier forma, no está en nuestras posibilidades dar solución a los grandes problemas sociales (y menos a los que quedan alejados de nuestro contexto inmediato), resulta esperable que terminemos por alzar los hombros y seguir adelante con nuestras vidas.

Entre las dos posibilidades sobre nuestro desconocimiento y/o indiferencia con respecto al problema de los desplazados en el mundo, podríamos pensar en que se está dando una combinación en la que por un lado la exposición mediática de este grave problema es cada vez menor y, por otro, ha crecido nuestra capacidad para aceptar e invisibilizar este tipo de injusticias. “¿Y qué se podría hacer, de todas formas?”

Aunque parezcan insuficientes en sí mismas, sí pueden tomarse decisiones y medidas que, tarde o temprano, generen mejoras. Lo primero y más importante es tener la valentía y la perseverancia individual para no quitar el dedo del renglón, aun en contra de nuestra naturaleza, que tiende al olvido y la automatización: los cambios en las leyes y las dinámicas de las sociedades suelen fraguarse desde y por la presión firme y persistente de sus ciudadanías. La decisión consciente de no olvidar, ni normalizar, ni pasar por alto aquello que encontremos indigno o reprobable, promueve una cultura de cero tolerancia a la injusticia; cultura de la que se nutrirán los ciudadanos, especialmente los jóvenes, en cuyas manos quedará la conducción de las naciones.

Además del esfuerzo constante para que temas preocupantes como este ocupen siempre un lugar prioritario en los espacios de información, la discusión y la agenda pública, podemos realizar otras acciones concretas que beneficien a poblaciones vulneradas. En el caso del fenómeno que hemos abordado hoy, podemos participar activamente ayudando a desplazados y refugiados, a través de la realización de trabajo de campo, o de donaciones a organismos enfocados en la atención de este grave problema.⁷⁵

Aunque a veces no nos parezca así, siempre estará en nuestras manos colaborar para producir los cambios sociales que deseamos. No quitemos el dedo de renglón y no dejemos de trabajar por construir un mejor mundo, desde nuestras respectivas trincheras.

75 A las personas que gusten hacer una donación, ya sea única o sistemática, les dejo el siguiente enlace: <https://dona.acnur.org/latam/es/general>. Y a quienes sientan dentro de sí la necesidad de dedicar por completo al menos una etapa de su vida en la transformación del mundo a través de estas iniciativas, los invito a consultar el siguiente enlace, donde hay información sobre vacantes y posibilidades de servicio social y pasantías, como parte del equipo de la Agencia de la ONU para los Refugiados: <https://www.acnur.org/es/oportunidades-de-trabajo.html>. *Nota original del autor.*

UN APUNTE SOBRE LA INCLUSIÓN⁷⁶

Quisiera poder decir que, hasta hace no mucho, el diseño de las urbes, así como de las empresas y los mismos sistemas educativos, no consideraba en absoluto a las personas con alguna discapacidad; y agregar a lo anterior que la situación actual es diametralmente opuesta, porque hoy nuestra conciencia social ha servido para algo más que ser activistas de sofá y redes digitales. Pero lo cierto es que, al menos en lo que respecta a este tema, los esfuerzos por la inclusión siguen siendo pocos e insuficientes.

En general, en nuestras ciudades aún prevalecen los diseños urbanísticos, las estructuras y las prácticas que segregan a las personas que carecen de uno o varios de sus sentidos o extremidades, o que presentan dificultades en su desenvolvimiento cotidiano debido a problemas psicomotrices o neuronales. Algunas calles y avenidas, algunos espacios públicos y privados han integrado sistemas de alerta sonoros para el paso de invidentes, rampas y elevadores para quienes andan en silla de ruedas o tienen dificultades para caminar, e incluso mecanismos para proveer de información a personas con problemas de audición (por ejemplo, traductores o video-

76 *Columna publicada el 03 de diciembre de 2021.*

grabaciones con lengua de señas). Sin embargo, este tipo de cambios no representan la norma. Cabe decir, además, que siguen persistiendo los ambientes laborales, recreativos, educativos y sociales con tendencias de exclusión o, al menos, de falta de consideración hacia las personas con alguna discapacidad.

Pareciera que por “inclusión” hemos entendido solamente la generación de espacios especializados para atender, dar servicio y rehabilitar –cuando es posible– a las personas con alguna problemática física, motora o neuronal y, aunque en efecto este tipo de espacios eran y son sumamente necesarios, restringirnos a la idea de que con ellos ya hemos entrado al paradigma del mundo incluyente es caer en un peligroso error que –lejos de formar ciudades y ciudadanías más amables y que den oportunidades de desarrollo a todos– consolida los sistemas de exclusión y capacitismo. Además, esto podría llevar a las personas a pensar que su empatía y su responsabilidad social queda validada con alguna donación o servicio comunitario esporádico (por ejemplo, durante la colecta del Teletón) y un comentario en su muro de Facebook.

Por supuesto que siempre es loable participar en cualquier campaña de servicio o de donación en favor de toda persona que necesite apoyo (muchas instituciones o iniciativas de ayuda no sobrevivirían si la ciudadanía decidiera no colaborar); pero no debemos permitir que esos actos concretos (y a veces esporádicos) de generosidad, se conviertan en blanqueadores, disculpadores o apaciguadores de nuestra conciencia. Debemos entender en cambio que las donaciones –aunque absolutamente necesarias en el mundo en que vivimos– son una suerte de paliativos o soluciones temporales, útiles para ganar un poco de tiempo mientras nos enfocamos de manera continua y permanente en el diseño y la aplicación de políticas tales que, en un futuro, las personas vulnerables, necesitadas o excluidas constituyan casos de excepción.

Puede decirse, con respecto a esto último, que estamos pecando de idealistas al imponernos tal objetivo. Quizás sea cierto, pero nada nos exime de buscar acercarnos con mayor decisión a la justicia, la equidad y la inclusión ideal. En lo posible, debemos construir casas, edificios, calles, parques, estadios y lugares de estudio y de trabajo donde todo el mundo pueda participar con naturalidad, desde sus propios intereses, capacidades y facultades; debemos diseñar políticas y dinámicas de interacción en todos los ambientes sociales, que permitan a las personas con alguna discapacidad sentirse integradas y plenamente valoradas, en lugar de vistas con lástima o con esa incómoda condescendencia disfrazada de empatía.⁷⁷

A gobiernos e instituciones públicas y privadas nos toca redoblar esfuerzos en este tema, mediante políticas y estrategias transversales y transexenales, de tal forma que la inclusión no sea una presa más de la demagogia y de las falsas luchas sociales que hoy abundan, y se convierta en cambio en un objetivo claro y sólido de toda nuestra sociedad.

77 *En el texto original, entre este párrafo y el siguiente había otro que, por su referencia temporal, me he visto obligado a eliminar. Pero lo incluyo en esta nota, con fines documentales. (N. del E.).*

Hoy, 3 de diciembre, se celebra el Día Internacional de las Personas con Discapacidad, efeméride que, de acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas, tiene el propósito de “ayudar a entender las cuestiones relacionadas con la discapacidad, los derechos de las personas con discapacidad y los beneficios que se derivarían de la integración de estas personas en todos y cada uno de los aspectos de la vida política, social, económica y cultural de sus comunidades”. Se trata también de visibilizar las silenciosas y pasivas injusticias que estamos cometiendo contra la “minoría más amplia del mundo”, que suele “tener menos oportunidades económicas, peor acceso a la educación y tasas de pobreza más alta”.

JUSTICIA SOCIAL⁷⁸

La fraternidad entre los pueblos y entre personas pertenecientes a una misma comunidad está relacionada con el equilibrio en la distribución de las riquezas naturales y con las brechas de desigualdad. Por ello, alcanzar la concordia y la hermandad, o al menos reducir en alguna medida las polarizaciones crecientes en el orbe y mejorar las oportunidades de millones de personas, depende de hacer algo con respecto a las inequidades y desequilibrios entre los más privilegiados y los más desfavorecidos. Resulta pertinente ampliar un poco la reflexión sobre el tema, a partir de la presentación de algunos datos preocupantes:

De acuerdo con datos de la ONU, en 2019 más de 212 millones de personas se encontraban desempleadas (11 millones más que en los años inmediatamente anteriores), y 60% de los trabajadores carecía de trabajo formal.⁷⁹ En el mismo tenor, el

78 *Columna publicada el 19 de febrero de 2021.*

79 *Datos retomados por la Comisión de Derechos Humanos. Véase:*



OXFAM (*Oxford Committee for Famine Relief*) ha informado en sus últimos reportes que más del 80% de la riqueza generada en el orbe la acapara el 1% de personas más ricas, en claro detrimento de las demás.⁸⁰

Los ya de por sí alarmantes datos anteriores se han intensificado a raíz de la pandemia de Covid-19, las medidas de confinamiento y la suspensión temporal de actividades por parte de innumerables comercios y empresas. Aunque inicialmente el desplome temporal de los mercados bursátiles, la depreciación de diversas monedas, el tambaleo de grandes corporativos y el lamentable fallecimiento de personas con altos recursos nos dio la impresión de que ante el nuevo coronavirus todos estábamos expuestos de la misma forma, lo cierto es que en apenas unos meses las circunstancias reflejaron otra realidad: para los millonarios, la enorme crisis no fue tan grave e incluso para algunos se convirtió en una gran oportunidad de mejorar sus posiciones y sus dividendos.

En “El virus de la desigualdad” –informe publicado hace unas semanas–, la OXFAM analiza el comportamiento de los grandes capitales y muestra que las mil mayores fortunas del mundo, que perdieron 30% de su capital en marzo de 2020, ya lo habían recuperado en su totalidad para diciembre del mismo año. Del otro lado, se pronostica que las personas en mayor situación de pobreza se recuperarán en un lapso aproximado de diez años. Aunado a esto, se estima que “el número

80 Consúltese, por ejemplo, el boletín publicado por OXFAM en enero de 2018:



total de personas en situación de pobreza podría haber incrementado entre 200 y 500 millones en 2020”⁸¹

Numerosos analistas, consultados en la realización del informe aquí citado, coinciden en que no se puede continuar con leyes y medidas estructurales que facilitan la desigualdad. Entre las propuestas de cambio, incluso provenientes de organismos como el Fondo Monetario Internacional, destaca la implementación de un sistema tributario progresivo y un impuesto a la riqueza que permita generar seguros por desempleo, así como mejorar los servicios, apoyos e incentivos para la población general (en especial para los sectores con más vulnerabilidades). De acuerdo con la OXFAM “un impuesto sobre los beneficios excesivos obtenidos por las grandes empresas durante la pandemia de coronavirus podría generar 104 000 millones de dólares, una cantidad suficiente para financiar prestaciones por desempleo para todos los trabajadores, así como para proporcionar apoyo económico a todos los niños y personas mayores de los países más pobres.”⁸²

Si las naciones no toman conciencia de los enormes estragos económicos y personales que está dejando la pandemia

81 *El informe puede consultarse y descargarse en:*



82 *Véase:*



para cientos de millones de familias en el mundo, ni dan un golpe de timón desde su capacidad legislativa a fin de corregir el rumbo, las ya de por sí profundas desigualdades terminarán por ser insostenibles. No parece prudente continuar por un camino de indiferencia ante esta situación, cuando la historia nos ha mostrado repetidas veces que la injusticia estructural o sistemática lacera la paz y el bienestar social y, tarde o temprano, eso termina orillando a la sociedad a buscar el cambio a través de formas violentas. A nadie conviene un mundo tan desigual como el que ahora vivimos, ni mucho menos uno como el que se está fraguando.

En aras de alcanzar una sólida justicia social, debemos pedir a nuestros gobernantes y legisladores que reflexionen y tomen decisiones ajenas a cálculos políticos y electorales o de beneficio estrictamente personal. Además, quienes trabajamos en instituciones educativas debemos concentrarnos en brindar una formación integral a las nuevas generaciones, desde la cual germinen valores como la ética, la solidaridad y la responsabilidad social. Una formación que rompa paradigmas erráticos y enfatice en que el objetivo de crecer profesionalmente es poder servir a los demás; no buscar la acumulación desproporcionada de recursos, ni alimentar la atroz dinámica del consumismo, que está generando tantas injusticias, desigualdad y severos daños al planeta.

EL ASEDIO
A LA SALUD

CONSTRUIR UN MUNDO MÁS JUSTO Y SALUDABLE⁸³

*E*l miércoles siete de abril de 2021, aún inmersos en la lucha contra la pandemia más devastadora que le haya tocado vivir a nuestra generación, celebramos el Día Mundial de la Salud. El marco de conmemoración fue agridulce: por un lado, el conteo oficial de fallecimientos por coronavirus rondaba los tres millones de personas;⁸⁴ por otro, logramos el inimaginable récord histórico de haber producido en menos de un año, no una, sino casi una decena de vacunas distintas contra el virus del SARS-CoV-2, de las cuales por lo menos tres presumen una efectividad mayor al 85%.⁸⁵

Como cereza de este logro monumental de la ciencia y de las organizaciones dedicadas a la salud, también estamos llevando a cabo la campaña de vacunación mundial más veloz que se haya visto. Hasta la madrugada del miércoles (07/04/2021), al consultar el conteo registrado en *ourworldindata.org*, más

83 *Columna publicada el 09 de abril de 2021.*

84 *Al momento de editar este libro, la cantidad de fallecimientos por esta enfermedad ya se ha duplicado (N. del E.).*

85 *Pfizer, Moderna, Johnson & Johnson, AstraZeneca, CanSino, Sputnik V, Sinovac y Covaxin.*

de 387 millones de personas habían recibido al menos una dosis de alguna de las flamantes vacunas disponibles, aprobadas por los organismos reguladores internacionales.⁸⁶

Con este nuevo panorama, tan distinto al escenario de desolación e incertidumbre que vivíamos hace exactamente un año, la oms ha propuesto como eslogan del Día Mundial de la Salud la frase “Construir un mundo más justo y saludable”. Escribió José Saramago que no hay palabras inocentes⁸⁷ (y comparten el parecer analistas del discurso y psicoanalistas). Al menos en este caso es verdad y podríamos agregar a ello que en las frases premeditadas tampoco hay sintaxis inocua. Nótese en este caso cómo se ha antepuesto –en el Día Mundial de la Salud y desde el eslogan de la propia oms– una derivación de la palabra justicia, por encima del adjetivo que apuntaría estrictamente al tema de la salud: se habla de “un mundo más justo... y saludable”. Nótese también que a este acomodo de prioridades le antecede un verbo –“construir”– que necesariamente implica una carencia: hay algo que no está hecho aún, de tal forma que es necesario un esfuerzo para darle realidad.

La consigna no es nueva, ni mucho menos encarna premisas desconocidas. Sabemos bien que en el mundo existen abrumadoras brechas de desigualdad y que la injusticia visible en el reparto de las riquezas genera un sinnúmero de problemas sociales; entre ellos la precariedad, la inseguridad, la insalubridad y la falta de condiciones para que cientos de

86 *Esta impresionante campaña mundial de vacunación ha permitido que, en el momento de edición de este libro, en febrero de 2022, más del 60% de la población mundial haya recibido al menos una dosis de vacuna. En este momento, el número promedio de inoculaciones diarias es de 33.55 millones y en total se han aplicado 10.63 billones de vacunas. Por otro lado, mientras países como los Emiratos Árabes o Portugal han logrado una cobertura superior al 95%, naciones como Somalia, Nigeria y Senegal (por citar algunos ejemplos) no han logrado vacunar ni siquiera al 06% de su población. (N. del E.).*

87 *En su obra Las intermitencias de la muerte.*

millones de personas puedan acceder a una vida digna y saludable. Si desde hace mucho estamos conscientes de esto y sabemos que hace falta construir esa justicia social que ponga el suelo parejo para todos, ¿no nos resulta afrentoso y vergonzoso como sociedad que año con año continuemos elaborando este tipo de consignas, pero sin concretar acciones que generen cambios significativos?

En este mismo espacio hemos comentado que mientras las personas más acaudaladas habían tardado menos de nueve meses en recuperar y acrecentar la fortuna perdida en marzo de 2020 (cuando los mercados entraron en pánico por la declaración de la pandemia), a millones de familias les tomaría años lograr una recuperación proporcional.⁸⁸ Ahora somos testigos de la injusticia y desigualdad patentes en la distribución de las vacunas: a inicios de año, la asociación de Médicos sin Fronteras alertaba que el 99% de las dosis de vacunas ya distribuidas estaban en posesión de los países ricos. Hasta ahora no ha habido cambios suficientes al respecto: echando una mirada más a fondo en las espectaculares cifras con respecto a la campaña mundial de vacunación, podemos ver que 60% del total de vacunas contra la Covid-19 ha sido aplicada en solo un puñado de países, que comprende a Canadá, Estados Unidos, el Reino Unido, Israel y la Unión Europea.⁸⁹

Diversos líderes de opinión (desde el área de la salud, la política, la religión, el activismo y el mundo empresarial) han pedido una concientización sobre esta desigualdad, que no solo atenta contra la dignidad de las sociedades, sino que encarna un peligro importante: omitir o retardar la aplicación de vacunas en los países con menos recursos equivale a permitir que

88 Véase el texto "Justicia social", dentro de este volumen.

89 Como adelanté en la nota al pie #85, la situación en algunos casos sigue siendo parecida, lo que resulta en extremo preocupante. Es vergonzoso que a estas alturas haya diferencias tan abismales en la distribución de las vacunas, que algunos países tienen más de 95% de cobertura al respecto, mientras decenas de naciones no han logrado alcanzar ni siquiera un 10% (N. del E.).

el virus SARS-CoV-2 encuentre más oportunidades de mutar. Esto incrementa enormemente el riesgo de que surja una cepa resistente a los activos biológicos hasta ahora desarrollados y, gracias a la globalización, dicha cepa rápidamente infecte a todas las naciones, poniéndonos de nueva cuenta en una situación igual o peor a la que vivimos durante 2020. Si esto llega a suceder, tendremos una perfecta y terrible ejemplificación de cómo no es posible alcanzar la salud comunitaria, si antes no entendemos y atendemos el problema de la injusticia y las inequidades.⁹⁰

Por lo pronto, hemos visto que cuando los líderes del mundo –tanto desde la administración pública como desde la iniciativa privada– se preocupan por una causa y se unen para resolverla, emerge una cantidad asombrosa de recursos, estrategias y protocolos estandarizados de contención y respuesta. Con una fracción de los recursos y del capital humano destinado al combate contra la Covid-19 podrían erradicarse las muertes por inanición en el mundo (las cuales superan por mucho a las atribuibles al coronavirus). Con apenas un poco del dinero que se gasta en la industria armamentística, podría atenderse con efectividad el problema de la falta de agua potable y/o de acceso a la seguridad social que viven millones de familias en el orbe. Resolver este tipo de graves problemas de injusticia social, mejora automáticamente las condiciones de salud pública y nos ayuda de manera indirecta a prevenir la aparición de nuevos patógenos para el ser humano (con sus enormes posibilidades de generar nuevas pandemias y crisis en el mundo).

90 *Y esto fue, de hecho, lo que ocurrió un par de veces durante 2021: apenas tres meses después de la publicación de este texto en el periódico, apareció la variante Delta. Luego, en noviembre del mismo año apareció la variante Ómicron que, en conjunto con la anterior, fueron responsables de un importante aumento de muertes y, sobre todo, del número de personas contagiadas de Covid-19. En gran medida, fue Ómicron la que ocasionó la cuarta gran ola de contagios en el mundo, ocurrida aproximadamente entre noviembre de 2021 y febrero de 2022 (N. del E.).*

Tal vez nosotros, como ciudadanos de a pie, no tenemos en nuestras manos el poder directo para tomar las grandes decisiones que cambien el rumbo del planeta; pero sí contamos con mecanismos diversos (sobre todo en los países democráticos) para ejercer presión sobre quienes tienen tal poder, para empujarlos a realizar los cambios que necesita nuestra sociedad. A través del voto, de un activismo racional y sano y, sobre todo, de la educación integral de nuestros jóvenes, podemos sembrar las bases que, a la vuelta de los años, cosecharemos en los frutos de soluciones que nos traigan justicia, salud y el acceso a una vida digna para todos los seres humanos.

¿QUÉ NOS ENSEÑA HOY EL MITO DE HÉRCULES Y LA HIDRA DE LERNA?⁹¹

La Hidra de Lerna era una bestia de aliento venenoso, que tenía la rara y terrible característica de ser multicéfala y, además, de regenerar dos cabezas por cada una que le cercenaran. Cuentan las narraciones mitológicas que fue encargada a Hércules la tarea de acabar con este portento. Aunque era fuerte y hábil, el héroe no pudo solo con la encomienda y se valió de la ayuda de Yolao (su sobrino), quien iba cauterizando con telas ardiendo los cuellos decapitados para evitar el brote de nuevas cabezas. Solo de esta forma lograron vencer a la bestia.

Pensar en la Covid-19 me ha hecho recordar aquel mito griego, porque desde la aparición de la enfermedad se presentó como algo mucho más complejo que un problema de salud. Su origen –aunque hasta cierto punto sigue siendo nebuloso– apunta como causa de fondo a nuestra sistemática depredación de la naturaleza y la invasión de espacios otrora reservados a la fauna y la flora silvestres. Podemos decir, siguiendo esta lógica, que la Covid-19 se gestó dentro de una problemática medioambiental y de salubridad que no fue atendida oportuna y adecuadamente, a partir de lo cual eclosionó

91 *Columna publicada el 27 de agosto de 2021.*

para posicionarse como la más peligrosa emergencia sanitaria de nuestra generación (hasta el momento), pero también como algo mucho más grave que eso. Si ya en su misma gestación esta enfermedad daba visos de ser no una amenaza monotemática sino una hidra, su rápida evolución y los problemas colaterales que ha traído su combate confirmaron su monstruosa naturaleza.

Al mostrar una capacidad combinada de alta transmisión y significativas tasas de gravedad, secuelas permanentes y letalidad, y al no tener nosotros ningún medicamento específico y eficaz, ni vacuna, ni –para ser francos– conocimiento suficiente sobre el virus que nos estaba atacando, nos vimos obligados a recurrir al histórico “botón de emergencia máxima” de la humanidad: nos encerramos en nuestros hogares a cal y canto de manera indefinida. A menos que quisiéramos ver diezmada nuestra población mundial, esta resolución extrema, implementada a finales de marzo de 2020 y que se prolongaría prácticamente la totalidad de dicho año, era la única carta que podíamos jugar en aras de ganar tiempo para hacer lo que mejor sabemos hacer como especie: entender el entorno o un fenómeno determinado y adaptarnos a él o vencerlo en su propio campo de juego.

La inmovilidad como estrategia de supervivencia y como intento de cortarle la cabeza al monstruo que enfrentábamos le permitió a este desarrollar algunas cabezas extra: crisis económica generalizada, abandono escolar, incremento de problemas psicológicos y de violencia intrafamiliar, multiplicación exacerbada del desempleo y la pobreza y aumento por millones de personas en situación de hambruna. Paradójicamente, como nos tembló la mano al momento de llevar a cabo de forma rigurosa nuestra estrategia de distanciamiento social, el SARS-CoV-2 se encontró con una buena ventana de oportunidad para desarrollar mejores versiones de sí mismo o –continuando con la metáfora– más cabezas. Así,

en menos de dos años, tenemos frente a nosotros una majestuosa hidra que no ha dejado de amenazar la salud física de toda la población; pero también la salud mental, económica, educativa y social en general.

De la misma forma que Hércules, la farmacéutica o la medicina contemporánea es incapaz de controlar, sin ayuda, los problemas que hoy estamos enfrentando, porque estos han desbordado desde hace tiempo el campo de la salud. Por eso, es necesario el establecimiento de medidas conjuntas y coordinadas de alcance internacional, que trasciendan los temas de salud física y comprendan también el cuidado del medio ambiente, el desarrollo económico, la educación y la atención a temas de sanidad psicológica y equilibrio entre los integrantes de la sociedad. Desgraciadamente, no se está haciendo lo suficiente en algunas de las áreas mencionadas (o no ha quedado claro cuáles son las estrategias que se deben seguir), lo que implica el riesgo de apuntalar una de las más complejas crisis de la historia contemporánea.

Uno de los puntos que tendría que estar encendiendo ahora mismo las alertas es, por ejemplo, el catastrófico aumento de las familias que han caído en situación de pobreza y de pobreza extrema en el último año. De acuerdo con el registro del Programa Mundial de Alimentos de la ONU, el planeta pasará de tener 150 millones de personas en una situación de extrema escasez de alimentos, a contar con 270 millones dentro de esta problemática para cuando termine 2021 (¡un aumento del 80%!). De estos, 41 millones estarán en situación de hambruna; es decir: este año pueden morir diez veces más personas por inanición que por Covid-19⁹² (y si el tema del Coronavirus

92 *Los datos fueron consultados en diversas fuentes, entre ellas un comunicado del Programa Mundial de Alimentos (PMA), que ha sido sustituido en el momento de edición de este libro por la Reseña Anual 2020 de este programa de la ONU, en donde se mantiene la proyección de tocar la cifra de 270 millones de personas en pobreza extrema; aunque la cifra promedio de 150 millones que vivían en esta situación fue ajustada a 124. Así, el potencial aumento del*

nos está haciendo mover cielo, mar y tierra, es incomprensible e imperdonable que la atrocidad de este otro problema, exacerbado por la pandemia, no esté siendo atendido de manera proporcional). En el mismo tenor, debemos considerar que los países con peores condiciones de vida son también los que menos vacunas han recibido, cuestión que los convierte en espacios donde el virus se puede reproducir y transmitir masivamente, además de mutar en nuevas variantes que pueden ser más contagiosas, letales y resistentes a las vacunas actuales.⁹³

Otro de los focos rojos sigue siendo la contaminación y la depredación de los recursos naturales, que no está disminuyendo de manera sustancial y que –lo hemos mencionado en otras ocasiones– permitirá el surgimiento de nuevas enfermedades infecciosas, así como la generación de nuevas crisis económicas, alimentarias y de salubridad a gran escala.

Hay que mencionar el contexto social en el que está ocurriendo todo lo anterior: uno altamente galvanizado en el que la distorsión y radicalización de diversas narrativas está abriendo la distancia entre posturas y personas, promoviendo posiciones victimistas y polarizaciones que, lejos de acabar con inequidades, lograr empatías y el urgente apoyo a las poblaciones

problema supera en más de 20 puntos el porcentaje que habíamos calculado originalmente en la columna. Con respecto a la advertencia sobre los 41 millones de personas que podrían llegar a estar en situación de hambruna en este año, el dato fue tomado de una declaración oficial de David Beasley, director general del PMA. Para consultar los documentos aquí referidos, en el orden que se han referido, puede accederse a los siguientes dos códigos QR (N. del E.):

y



93 Véase la nota el pie #89.

vulnerables, empuja a que nos olvidemos de estas últimas, por estar enfrascados en guerras de sofá y linchamientos virtuales.

¿Nos encontramos en un punto de tránsito en el apuntalamiento hacia una mejor sociedad o, en cambio, en el inicio de una nueva forma de descomposición social? Las aguas están demasiado revueltas como para saberlo con certeza. Lo que sí es posible observar con meridiana claridad es que las víctimas que deberíamos estar atendiendo ahora mismo (por ejemplo, los 41 millones de seres humanos que podrían morir de hambre, o los millones sin acceso a agua potable, servicios básicos, un techo o educación, por hablar de los casos más extremos) no figuran realmente en nuestras agendas comunes de lucha, ocupadas casi por completo en atacar o defender posiciones ideológicas y en despedazar en las redes a quien no comparte el pensamiento de la tribu a la que pertenecemos.

Cuesta decirlo, pero la Covid-19 es apenas una de las graves manifestaciones de un problema aún más alarmante, complejo y multifactorial, cuyo origen no es un murciélago ni una (fantasiosa) conspiración china, sino la suma de muchos errores que estamos cometiendo como sociedad. En este sentido, controlar la propagación y las mutaciones del SARS-CoV-2 no representa el final de la situación que estamos viviendo, sino apenas un primer paso. Mientras no comprendamos esto, las cabezas de la hidra seguirán multiplicándose.

DEPRESIÓN: LA PANDEMIA SILENCIOSA DE NUESTRA ÉPOCA⁹⁴

Para muchas personas, la depresión es un invento de las generaciones contemporáneas o de seres que no saben apreciar la vida y disfrutar lo que les ocurre. Tal vez esta clara y a veces grave falta de comprensión del tema se deba a que, hasta hace algunas décadas, se hablaba y se conocía relativamente poco sobre él.

Además del desconocimiento, existía una especie de reticencia –que aún pervive en amplios sectores de la población– a tomar terapia psicológica y a buscar ayuda psiquiátrica. Esto puede ser una consecuencia de que, incluso sin creer en la existencia de un polo espiritual de los seres humanos, pareciera que todos (creyentes y no creyentes) entendemos implícitamente al cerebro no como un órgano más dentro del todo que integra a una persona, sino como *el lugar* donde *reside* y es posible esa persona.

Así, mientras una enfermedad estomacal es percibida solo como un problema enteramente físico de un área localizada del cuerpo, que no afecta nada más que a nuestros procesos digestivos, sentimos, por otro lado, que un problema ubicable en el cerebro –ya sea en nuestros procesos

de comunicación interneuronal, de producción de ciertos químicos que nos dan estabilidad emocional, o de interpretación del mundo— no sería una enfermedad atendible como cualquier otra, sino evidencia e indicio de que somos personas defectuosas o débiles; en todo caso, seres que valen menos en una sociedad, por no poderse acoplar a ella en términos de la norma común.

En este sentido, no es gratuito que quienes se resisten a tomar terapia psicológica o medicación psiquiátrica arguyan que “no están locos” o que jamás asistirían con un “loquero”; como tampoco lo es que una ingente cantidad de personas llegue a tardar años en identificar que está arrastrando una enfermedad psicológica o psiquiátrica de severidad diversa, que en menor o mayor medida afecta tanto sus relaciones afectivas y sociales, como sus actividades laborales e incluso de creación o recreación personal.

Mientras los prejuicios asociados a la salud y la atención mental persisten en amplios sectores poblacionales, el número de personas que enferman de depresión va en aumento. Hasta hace poco más de un año, la Organización Mundial de la Salud calculaba que ya había más de 300 millones de seres humanos con este padecimiento (cifra similar a la de quienes sufren de trastornos de ansiedad), siendo así una de las grandes enfermedades globales de nuestra época.⁹⁵ Actualmente, aún sin tener datos concluyentes al respecto, se sabe que la situación de confinamiento masivo, distancia interpersonal y crisis económica por la que estamos atravesando derivada de la pandemia, ha exacerbado de manera importante los casos

95 Véase:



de depresión y la gravedad de este padecimiento entre quienes ya lo sufrían.

Las consecuencias de su falta de tratamiento son diversas; la más grave (por irreparable) es el suicidio. En una reflexión anterior⁹⁶ recordábamos que en 2017 la misma OMS registró el suicidio como la segunda causa de muerte entre jóvenes de 15 a 29 años. En lo que respecta a nuestro país, el informe del INEGI sobre las defunciones de los mexicanos en 2018, ubica al suicidio como la tercera causa de muerte entre las poblaciones de 10 a 14 y de 15 a 24 años; la quinta entre personas de 25 a 34, y la novena entre personas de 35 a 44.⁹⁷ Es decir: las lesiones autoinfligidas representan una de las diez principales causas de defunción entre los mexicanos desde los 10 hasta los 44 años. Dentro de este panorama, por cada dos mujeres que se quitaron la vida hicieron lo propio ocho hombres (al ser una proporción semejante a la registrada en el campo de personas asesinadas, valdría la pena diseñar estrategias de apoyo, educación y sanación psicoemocional especializada en varones, como ocurre con proyectos y centros análogos de ayuda especializada en mujeres). Cabe recordar que, dentro de este índice, Aguascalientes ocupa el preocupante segundo lugar, con una tasa de 10 suicidios consumados por cada 100 mil habitantes, cuando la media nacional es de 5.4

Con independencia de las motivaciones afectivas, laborales, económicas o sociales que empujan a tanta gente a tomar

96 *Publicada en El Hidrocálido con el nombre de "Algunos problemas de Internet y su uso inadecuado" el 23 de octubre de 2020. También recogí e incluí el texto en el libro del Dr. Avelar intitulado Humanismo y razón. Columnas editoriales y discursos 2020, publicado bajo el sello de esta misma casa editorial en 2021 (N. del E.).*

97 *Véase:*



una decisión irreversible de esta magnitud, el factor psicológico y/o psiquiátrico es preponderante. En no pocas ocasiones, estas tragedias hubieran sido evitables de haber existido una oportuna identificación, evaluación y tratamiento del sujeto en conflicto. Esto nos hace retornar al inicio de nuestra columna, para afirmar que dos de los ejes en los que la depresión se ha apoyado en nuestras sociedades son la ignorancia y los prejuicios; ejes que nos impiden entender que buscar ayuda por una afectación psicológica o psiquiátrica no es algo que deba hacernos sentir avergonzados frente a los demás (como no nos avergüenza buscar al médico para atender problemas estomacales, cardíacos o físicos en general).

Si usted padece algunos de los siguientes síntomas: cansancio permanente, pérdida de atención, problemas para recordar sus acciones e interacciones durante el día, trastornos del sueño o del apetito (por falta o por exceso), pérdida de interés o de sensación de placer en actividades y cosas que antes le gustaban, sentimientos de culpa, baja autoestima, frecuentes pensamientos negativos y tristeza crónica, es recomendable que acuda a una valoración por parte de un profesional. Incluso aunque frente a los demás pueda llevar una vida funcional y aparentemente estable, es posible que necesite ayuda.

Dependiendo del diagnóstico, estos problemas que nos impiden sentir felicidad, gusto por las cosas y plenitud pueden tratarse con gran efectividad a través de terapia psicológica, medicación controlada o mediante una combinación de ambos tipos de tratamiento. Las personas que son adecuadamente diagnosticadas y tratadas tienen porcentajes de recuperación muy altos. No hay razón para temer o sentir vergüenza, ni mucho menos para pasar años sumidos en una sensación de aciago, miedo, tristeza, irritabilidad o falta de gusto por la vida. Erradiquemos los prejuicios que nos impiden atendernos y procuremos –por nuestro bien y el de los seres que nos rodean– nuestra salud física y mental.

LA TRISTEZA CONTEMPORÁNEA: APUNTES SUELTOS CON RESPECTO A LA FELICIDAD EN NUESTROS DÍAS⁹⁸

I

Tal vez con planteamientos un tanto distintos entre sí, lo más probable es que si preguntásemos aleatoriamente a personas adultas sobre sus deseos o aspiraciones, la mayoría coincidiría en que desea ser feliz. Dada la abstracción del término, algunos asociarán la felicidad con al menos un par de las siguientes condiciones: conservar o recuperar la salud (si se ha perdido), mejorar sus relaciones interpersonales, encontrar una pareja adecuada, ascender en la escala económica y social, alcanzar fama o reconocimiento público, etcétera.

En todos los casos, el concepto de felicidad se asocia con un sentimiento de satisfacción derivado de la autoaceptación,

98 *Columna publicada en dos entregas, los días 19 y 26 de marzo de 2021. Se han editado en esta versión los párrafos originales que servían como puente o guía de conexión entre ambas publicaciones, de tal forma que la lectura fluya aquí como si se tratase de un solo texto. He dividido con los números romanos I y II cada una de las dos entregas, a fin de mantener una marca que recuerde al tratamiento y la división original del texto (N. del E.).*

los logros personales y las condiciones del entorno en que uno vive. Como puede inferirse, nuestra complejidad mental difícilmente activa esa sensación de plenitud si no se combinan varios factores de manera simultánea (por ejemplo, tener salud puede ser un requisito importante –aunque no indispensable– para acceder a un estado de felicidad, pero no será suficiente para quien tenga aspiraciones afectivas, laborales o financieras que aún no ha logrado solventar).

Aunado a lo anterior, debemos considerar que nuestra idea de felicidad es flexible, depende del contexto y necesita puntos de contraste, ya sea individuales o colectivos. En este tenor y dado que somos seres gregarios, constantemente realizamos comparaciones para determinar nuestra posición en la escala social, así como lo placentera y fructífera que es nuestra vida, en relación con las de los demás. Estas comparaciones son un arma de doble filo porque, si bien es cierto nos parecerá que tenemos ventajas con respecto a otras personas, también es verdad que siempre encontraremos a alguien con más reconocimiento o talento, mejor posición laboral o mejores relaciones que nosotros (no es gratuita la frase de “el plato ajeno siempre es el más lleno”). Y saber eso puede despertar la confusa sensación de que en realidad no hemos alcanzado la felicidad deseada o que creíamos tener, porque *podríamos* estar mejor o *deberíamos* estar mejor, dado que otros lo están.

Compararnos con otros puede ser peligroso si no tenemos el equilibrio emocional suficiente, o si no sabemos interpretar y canalizar el benéfico deseo de superarnos, provocando que más bien florezca en nosotros el resentimiento, la envidia o la frustración. Esta situación se agrava cuando permitimos que nuestros criterios para medir la felicidad, el éxito o la trascendencia, sean moldeados por la visión profundamente capitalista, consumista y hedonista que impera en gran parte del mundo contemporáneo.

Cuando la idea de felicidad se enfoca obsesivamente en alcanzar una capacidad económica muy por encima de la media, en mostrar una belleza física casi imposible de lograr sin pasar por el bisturí y el Photoshop, y en el culto al individualismo absoluto (junto a una tergiversada “independencia emocional”, que llega a ver con horror incluso la idea de compartir la vida mediante un compromiso afectivo duradero) nuestras posibilidades de sentirnos felices se reducen de forma considerable, por varias razones:

Primero, porque caeremos en la trampa que nos tienden las grandes compañías, donde la capacidad económica solo tiene sentido en la medida en que se pueda mostrar a los demás que se posee mayor variedad de ropa, autos de lujo –o al menos de años recientes–, el teléfono celular con más gadgets, la pantalla de televisión más grande o la posibilidad de viajar constantemente a sitios paradisíacos. El sistema está hecho para que constantemente se tenga que gastar en nuevos productos (o viajar con frecuencia a lugares icónicos), a fin de fabricar una imagen de poder, belleza y satisfacción que otros admiren y deseen. Algo que no puede –ni quiere– asegurar este esclavizante sistema de consumo, simulación y competencia es, precisamente, la sensación de estar satisfechos y felices (¿qué venderían si dejaran de fabricar nuevas necesidades?).

Algo muy similar ocurre con el culto preponderante a la belleza física, entendiendo esta última no desde la sana concepción de tener un cuerpo saludable (lo que habla de un genuino aprecio personal), sino desde los estándares impuestos por diseñadores, empresas de publicidad, televisoras y filtros de redes sociales y aplicaciones digitales. Al participar en el enfermizo culto al cuerpo perfecto –al cuerpo imposible–, nos acercamos a la reducción del valor de las personas mediante su cosificación: al igual que un auto de lujo o una joya, muchos se asumen a sí mismos o asumen a los demás como un bien material, que puede comprarse y exhibirse frente a otros, como muestra de poder y de éxito personal (de ahí también

que haya gente que no tenga intención de mejorar su cuerpo, pero sí de conseguir una pareja que otros puedan envidiar).

De igual forma, nos sometemos a la violencia de injustos escrutinios frente al espejo, que nos deprimen y nos empujan a gastar fuertes sumas en el quirófano, o nos condenan a la frustración y el desasosiego por no tener la nariz, el abdomen, los senos, la espalda o los pómulos de esos(as) modelos que vemos diariamente como ejemplos; o incluso por no parecernos a las irreales versiones digitales (modificadas mediante filtros) de nuestro propio rostro.⁹⁹

Finalmente, con respecto al individualismo exacerbado que impera en nuestra época (aunado al desprecio del compromiso y la responsabilidad afectiva), debemos considerar que este más bien tiene el efecto de aislarnos, así como de hacernos cada vez más intolerantes, solitarios y menos capaces de socializar y compartir. Dado que somos seres gregarios, que de una u otra forma nos alimentamos espiritualmente de la atención y las sinceras muestras de afecto que ofrecemos y que nos ofrecen los demás, es casi evidente que los efectos de un individualismo egoísta no son los que uno desearía en caso de buscar plenitud y felicidad. Creo necesario aclarar aquí que no se trata de renunciar a uno mismo como individuo, para disolver la identidad personal en los atroces colectivos dogmáticos, maniqueos y doctrinarios que están polarizando al mundo; en cambio, se trata de encontrarse a uno mismo como un ser único, pero también y necesariamente como parte com-

99 Si esto suena exagerado, consúltese en Internet el término “Dismorfia de Snapchat”. (Nota original del autor). Al respecto del término, pueden consultarse notas como la siguiente:



plementaria de una comunidad que nos trasciende y en la que nos realizamos e integramos a través del servicio, el respeto, el compromiso humanista y la convivencia.

II

Empujado por un esquema capitalista, hiperconsumista y hedonista, el concepto de felicidad actualmente parece estar enturbiado con la idea de la acumulación de posesiones, el éxito laboral y el máximo confort.

No cabe duda de que vivir en un entorno confortable y con oportunidades de crecimiento personal resulte ventajoso en nuestro camino hacia la sensación de paz y satisfacción; pero hay una muy delgada línea entre: A) Contar con las condiciones de seguridad, certeza educativa, laboral, de cobertura médica y tranquilidad patrimonial, y B) El deseo exacerbado de reconocimiento, éxito, poder o lujos. De hecho, la presión por ascender y la competencia descarnada en algunos contextos laborales y sociales suele generar un efecto completamente adverso al de la sensación de felicidad (además de que puede ser uno de los factores que provoca o promueve el crecimiento de las brechas de desigualdad). Quizás esto explicaría por qué mientras países tranquilos y confortables como Finlandia, Islandia o Dinamarca suelen aparecer año con año en los primeros lugares del ranking elaborado por “World Happiness Report”, otras naciones de excelentes condiciones y mucho mayor poder económico suelen ubicarse en posicio-

nes bastante alejadas de los primeros lugares en este listado, considerándose así naciones más bien tristes.¹⁰⁰

Al respecto de lo anterior, desde 1974 el economista Richard Easterlin ha cuestionado la idea de que existe una correspondencia entre los ingresos económicos y la felicidad, y ha presentado datos que parecen darle la razón.¹⁰¹ La “paradoja de Easterlin”, al percibirse como contraintuitiva (debido a que tenemos inculcadas hasta la raíz ciertas ideas de equiparación entre dinero y satisfacción), ha generado polémica y ha intentado ser refutada varias veces. Por ejemplo, en 2003 por Ruut Veenhoven y Michael Hagerty¹⁰² y en 2008 por Justin Wolfers

100 Véase:



101 Véase:



102 Véase:



y Betsey Stevenson.¹⁰³ En ambas ocasiones, el originario de New Jersey ha respondido y reafirmado su postura original. Aunque aquí tendríamos que hacer un estudio a profundidad sobre las variables de los análisis y las hipótesis en pugna para saber quién tiene la razón, tal vez arroje un poco de luz que algunos datos clave, a disposición de todo el mundo, muestran que no hay una correspondencia entre la fuerza económica de las naciones y su nivel de felicidad.

Para poner un ejemplo paradigmático en la mesa, pensemos en el caso de Japón: un país que desde hace años se ha consolidado como una de las potencias con mayor Producto Interno Bruto en el mundo. En 2020 ocupó el tercer lugar en este rubro, solo detrás de Estados Unidos y China (algo absolutamente impresionante si consideramos su reducida extensión geográfica). Sin embargo, en el ranking que mide la felicidad, desde hace años no ha alcanzado a entrar ni siquiera dentro de los 50 países mejor posicionados, y en 2020 cayó hasta el lugar 62 de la lista. Por cierto, aunque no tienen una posición tan baja como la de Japón, las dos potencias más ricas del orbe (Estados Unidos y China) tampoco están dentro de los primeros 10 sitios en el ranking de las naciones felices.

A pesar de que la paradoja de Easterlin parece llevar la razón, ello no implica que un bajo nivel económico asegure mejores posibilidades de encontrar la felicidad: una afirmación no da paso a la otra y debemos tener cuidado con eso. Después de todo, las naciones más felices (o menos tristes) también son bastante saludables en términos económicos y, más aún, sus niveles de justicia, baja incidencia criminal,

103 Véase:



educación, seguridad social, espacio para vivir y sanidad medioambiental son positivamente destacables. Por otro lado, naciones como la nuestra, al menos en los últimos años, han caído en casi todos estos indicadores –incluyendo los índices de PIB y de felicidad– simultáneamente.

Quizás una forma más o menos precisa de censar la felicidad comunitaria se derive de revisar en conjunto una serie de indicadores complementarios. Siguiendo al Instituto Mexicano de la Competitividad (IMCO) –que a su vez toma los rubros del Índice de Desarrollo Humano de la ONU– los principales factores a tomar en cuenta serían:

Salud (acceso a atención médica de calidad; sistema robusto que pueda dar respuesta a la población de manera adecuada); educación (de excelencia y con oportunidades amplias en todos los niveles); diversidad ambiental (aquí el IMCO destaca el rubro de “árboles por persona”); nivel de vida (capacidad para tener casa propia y para vivir en un espacio digno); gobernanza (seguridad, eficiencia de los servicios por parte de la administración pública, confianza en las instituciones, etc.); bienestar psicológico (bajos niveles de estrés u otras emociones dañinas como depresión, frustración, egoísmo, envidia, etc.); uso del tiempo (horas dedicadas al sueño, al esparcimiento cultural, a la educación, al deporte, al servicio social, etc.), y vitalidad comunitaria (confianza y apoyo entre los integrantes de una comunidad).

Al ver esta lista, es difícil poner un rubro por encima, porque cada uno tiene relación e influencia sobre otros. Ciertamente, hoy día el bienestar psicológico parece ser uno de los temas urgentes a tratar, debido a que el estrés y la depresión se han colocado ya como dos de las enfermedades más extendidas del planeta y estas no parecen respetar poder adquisitivo, nivel educativo ni posición social. Cabe destacar que nuestras dinámicas en las redes virtuales, así como la capacidad de estas últimas para diseminar narrativas que

empujan al maniqueísmo y las radicalizaciones, pueden estar potenciando este fenómeno.

Por supuesto, debemos insistir en que entender las dos caras de esta moneda (felicidad/tristeza) es mucho más complejo y requiere de análisis y estudios profundos, controlados (en la medida de lo posible) y rigurosos. Para ello, se hace indispensable la participación de investigadores e instituciones educativas de nivel superior, pues la vocación y la razón de ser de estas y de aquellos parte, justamente, de la búsqueda del conocimiento y del servicio; es decir, la generación de conocimientos que permitan comprender al mundo y entendernos a nosotros mismos, para poder encontrar mejores formas de vivir, desarrollarnos plenamente y alcanzar la felicidad. Dados los problemas de tristeza generalizados en el orbe, hace falta con urgencia dar mayor impulso a los esfuerzos interdisciplinarios e interinstitucionales por atender dicho fenómeno.

**COYUNTURAS,
NARRATIVAS
Y MITOLOGÍAS
CONTEMPORÁNEAS**

Columnas editoriales y discursos de 2021

Primera edición 2022 (versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo de Adán Brand y del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.